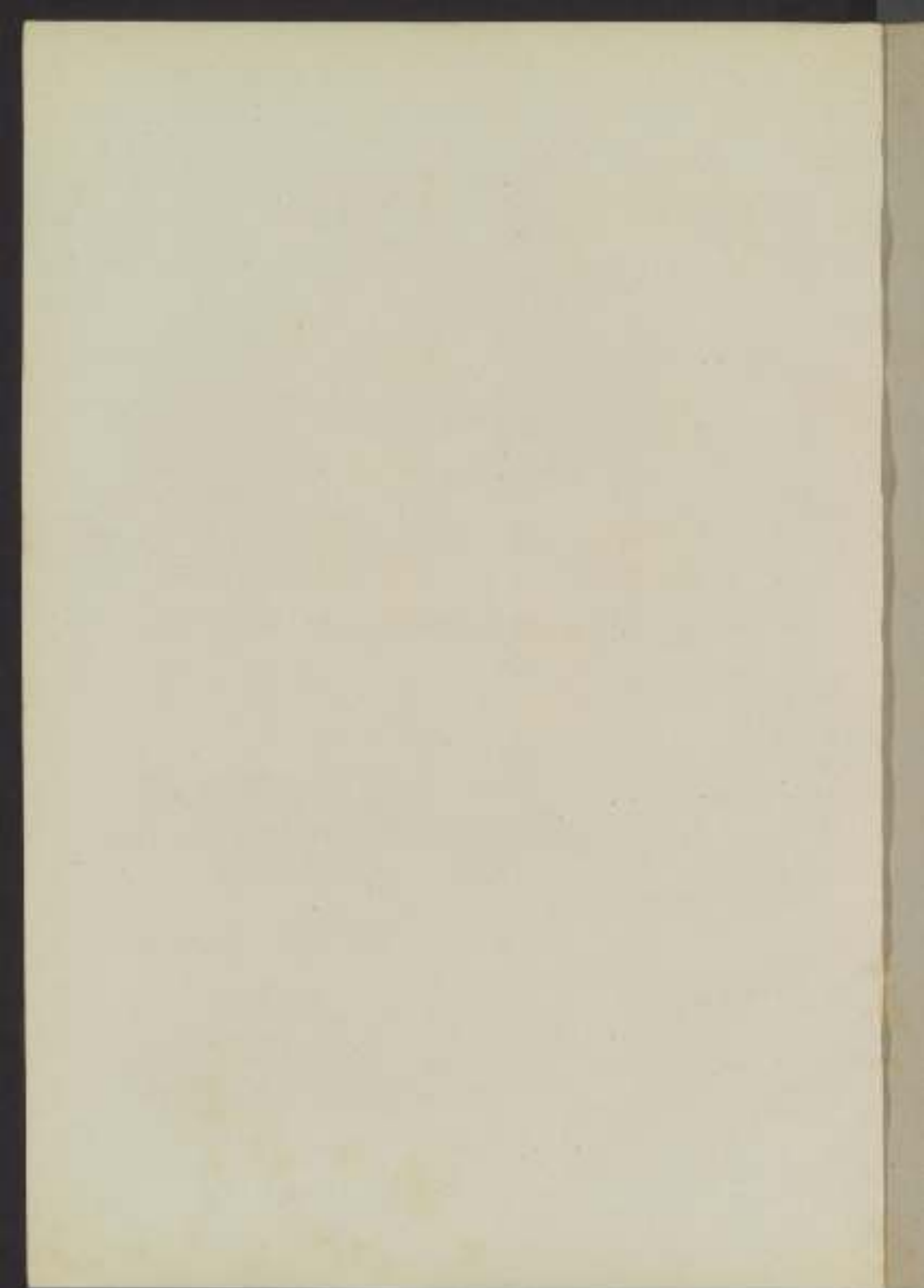


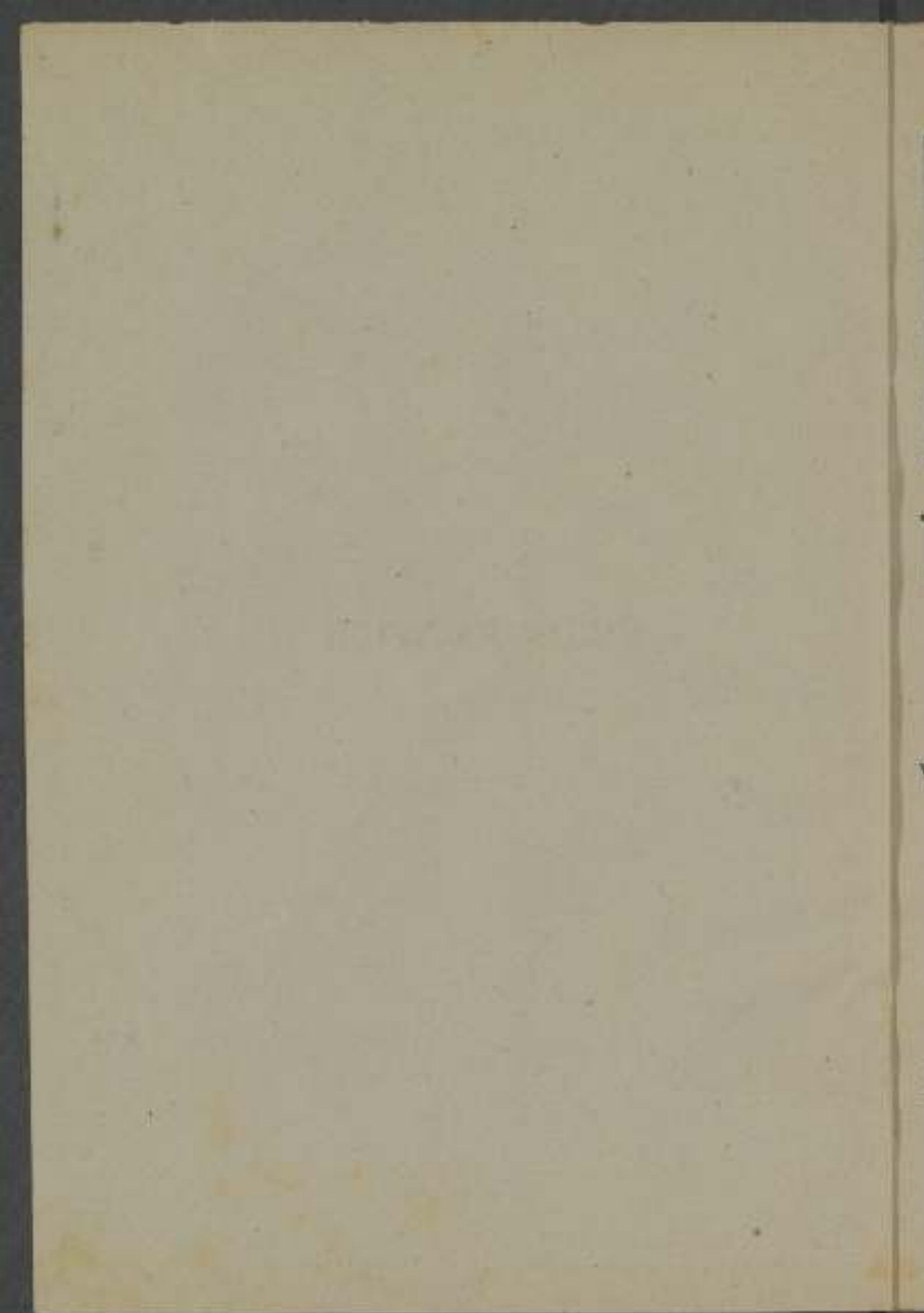
Joel Mac Creia
Barbara Stanovych
Robert Preston



**UNION
PACIFICO**



UNION PACIFICO



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

Unión Pacífico

Maravillosa película de acción y emoción

Realización de

CECIL B. DE MILLE

Guión cinematográfico de

WALTER DELEON, C. GARDNER SULLIVAN y JESSE LASKY, Jr.

Basado en una adaptación de

JACK CUNNINGHAM

de la novela de

ERNEST HAYCOX

Producción

Productor asociado

WILLIAM H. PINE

Distribuida por



PRINCIPALES INTERPRETES

Mollie	Barbara Stanwyck
Jeff	Joel McCrea
Fiesta	Akim Tamiroff
Dick	Robert Preston
Pulgón	Lynne Overman
Sid Campean	Brian Donlevy
El Duque	Robert Barrat
Cordray	Anthony Quinn
General Casement	Stanley Ridges
Barrows	Henry Kolker
Dodge	Francis McDonald
Oakes Ames	Willard Robertson
Calvin	Harold Goodwin
Sra. de Calvin	Evelyn Keyes
Sam Reed	Richard Lane
Dusky Clayton	William Haade
Patricio	Regis Toomey
Monahan	J. M. Kerrigan
Cookie	Fuzzy Knight
Al. Brett	Harry Woods
Dollarhide	Lon Chaney, Jr.
General Grant	Joseph Crehan
Nena	Julia Faye
Rosa	Sheila Darcy

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll - Valencia, 1937 - Barcelona

UNION PACIFICO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

UNA GRAN EMPRESA

El Senado de los Estados Unidos, después de la asoladora Guerra de Secesión, votó con una gran mayoría, la construcción del ferrocarril intercontinental, en que no sólo habían de encontrar trabajo los desocupados, sino asimismo lograr el oro y la plata del Oeste, de los que tan necesitado se hallaba el tesoro público. El propio Lincoln ratificó el acuerdo del Senado y expresó su deseo de viajar en el futuro ferrocarril, pero no llegó a hacerlo, ya que una bala mortal cortó de raíz su vida.

Del célebre presidente había nacido la idea, pero se puede decir que, por fortuna para él, le sorprendió la muerte, evitándole una

franca desilusión. Porque, en efecto, los hombres que recogieron este legado de Lincoln encontraron inmensas dificultades en su realización, especialmente la suspicacia de los banqueros, que les impedía embarcarse en una empresa a la que calificaban de "aventura disparatada y peligrosa".

El Gobierno sólo encontró aceptación en los hermanos Ames, opulentos factores, en la reunión convocada para hallar apoyo económico a la empresa. El resto se limitó, bien a alejarse al punto de la reunión, bien a afirmar los reparos expresados por Harrows, el mayor capitalista de Chicago, quien encarándose con el general Dodge, in-

geniero en jefe de Unión Pacífico, pregunté de una manera definitiva:

—¿Y no existe el peligro de que ese Central Pacific, que según parece se construye en California, pueda llegar a Ogden primero y no permita otra línea en el valle?

—El presidente Lincoln dispuso con acierto que el Central Pacific solamente llegara hasta la frontera del Estado—replicó el general, señalando un lugar del mapa—. Aquí, donde nuestros rieles se unirán a los suyos.

—¿Está usted seguro que una línea férrea de más de mil millas de longitud puede ser tendida a través de un territorio salvaje?—insistió Barrows.

Iba a responder el general, cuando se le adelantó el mayor de los Ames, requiriendo la sorprendida atención del calculador multimillonario de Chicago. Dijo:

—Mi hermano Oliver y yo arriesgamos nuestra fortuna en la seguridad absoluta de que será bien defendida. Daremos a la Unión Pacífico hasta el último útil de nuestra factoría... Le prometí al señor Lincoln verlo realizado.

—El señor Lincoln ha muerto—objetó Barrows.

—Mi promesa vive todavía—fué la noble contestación de Ames.

Barrows meditó un momento,

mientras los demás observaban su rostro delgado y friamente calculador. Después se levantó de su asiento con una sonrisa triunfal, recogió su sombrero y se inclinó hacia Ames.

—Magnífico, señor Ames, magnífico. Empiezo a ver una cosecha de oro en esos carriles de hierro.

—¿Está con nosotros?—se sorprendió y alegró Ames, conociendo el efecto que su apoyo produciría en los que aun vacilaban.

—Por entero, señor. Estoy en deuda con usted por enseñarme la fortuna que se puede obtener con la Unión Pacífico. Buenos días, caballeros. Mucha suerte, general Dodge.

Se marchó seguido de su secretario, dejando tras de sí una estela de estupefacción y de alegría, porque jamás habían supuesto que accediera con tanta facilidad. Cuando Barrows estuvo en la amplia escalinata, lejos de oídos curiosos, se detuvo en un peldaño e inquirió de su atildado secretario:

—¿Qué se figura usted que pasaría si el Central Pacific construyese todo el camino a Ogden en el valle del Lago Salado?

—Que seguramente la Unión Pacífico se vendría al suelo.

—Pues se vendrá—declaró Barrows inesperadamente.

Su secretario le miró un tanto asustado y balbució:

—Pero él dijo que Lincoln dejó dispuesto que el Central Pacific se detuviese en la frontera de California!

—Lincoln no existe... y ahora hay en Washington mucha gente que no quiere bien al Union Pacific.

—¿Y no puedan tener los dos terminales en Ogden?

—No, Whipple, no puede ocurrir. La Union Pacific está autorizada para construir solamente hasta donde se encuentre con el Central —hizo una pausa y agregó decisivo—: Y si el Central pasa primero a través de Ogden... la pobre Unión estaría ocupada en perforar túneles en las montañas. La Unión habría tendido mil millas de carril y tendría que dejar su línea sin terminar.

La explicación de Barrows, que para otro habría sido un cuento chino, fué bastante explícita para Whipple, quien, acostumbrado a las artimañas de su superior, le miró con los ojos desorbitados por la

admiración, admiración que halagó bastante al astuto multimillonario. Whipple casi se lanzó a sus brazos.

—¡Espléndido! —alabó el secretario—. Venderemos acciones de la Unión y compraremos Central. ¡Ganaremos millones, señor Barrows!

—Una gran oportunidad, pero silencio—contestó éste con cautela.

—Sí, sí, desde luego... —pero Whipple se detuvo y exclamó—: ¡Oh! Pero suponga que la Unión llegase a Ogden primero.

Barrows borró esta contingencia con un gesto de superioridad y le tranquilizó, por si no fuera bastante, diciéndole:

—No, no, Whipple, yo le aseguro que no. No tema.

Y grande debía ser su ascendiente sobre su secretario, así como la confianza depositada, porque un suspiro de esperanza se escapó de los labios de éste. Barrows no era de los que pierden un dólar sin agotar antes todos sus recursos de buena o de mala índole.

El cabaret de Campean era uno de los más concurridos de San Luis. Sus innumerables clientes se apiñaban en torno de las mesas de juego y se alineaban a lo largo del bar, con la despreocupación usual a aquellos azarosos tiempos, despreciando la decoración con que un pintor, indudablemente loco, había abigarrado el local. El ambiente era bastante distinguido y apacible. Los negocios marchaban bien, lo que contribuía a que Campean, respaldado por su autoridad de propietario, dejara de atenderlos por galantear a una bailarina en un reservado.

Campean era un hombre de mediana estatura, vigoroso y de rostro impenetrable, adornado por un leve bigotito. Sólo se arquearon sus cejas cuando un criado negro le entregó una tarjeta, anunciándole que quien se la enviaba era un caballero. Como el nombre escrito en ella le era conocido, Campean murmuró:

—Señor Barrows... Vaya...—y se encaró con el negro:—Trae inme-

diatamente una botella de champán

Barrows apartó la cortina de ahalorios, que substituía la puerta del reservado, y escrutó a Campean, recibiendo en pago la misma atención. El negociante, al serle suplicado que se sentase, señaló a la bailarina y ésta fué despedida inmediatamente. Luego, tomó asiento, poniendo cuidadosamente su sombrero de copa sobre la mesa.

—No hemos tenido el placer de verle antes por aquí, señor...

—Interesante decoración—aprobó Barrows, como si no le hubiera oído.

—Sólo hay una igual en San Luis—afirmó Campean.

—Supongo que estará inspirada en las timbas de Panamá —dijo Barrows, como si se precipitara sobre una presa.

—¿Panamá?

—Tengo su biografía escrita por la mejor agencia de investigación de Chicago.

Campean dedicó una indiferente ojeada a los papeles que Barrows

le tendía y se los devolvió más impasible que nunca, al mismo tiempo que el criado negro servía el champán solicitado.

—Aquí tiene todo eso, señor —y después mandó al criado—: Di a mi socio que venga aquí.

Escanció champán en ambas copas. En tanto que él saboreaba la bebida, las miradas de los dos hombres se cruzaron y algo debieron ver en ellos, puesto que Barrows se decidió a hablar, escogiendo sus palabras.

—Señor Campeon, en el pasado sus operaciones fueron malas... quiero decir, de menor cuantía. ¿Se cree usted capaz de manejar la mayor timba de toda América? ¿Cree usted que podría divertir a diez mil obreros, con mucho dinero, fuera de la civilización, con juegos, licores y... cualquier otro excitante que... el diablo le insinúe? ¿Se siente capaz de mantenerlos descontentos y borrachos durante meses?

Campeon se inclinó hacia adelante. Este fué el único síntoma de su curiosidad. Y apremió al negociante:

—Hum... continúe.

El criado negro había llegado a la sala de juego y aproximóse a un hombre joven y apuesto, de rostro muy pálido, que repartía los naipes

con una destreza delatora de su continuo trato con ellos. Apenas se volvió para recibir el recado, que el negro le sopló en el oído.

—Dispense, señor, el señor Campeon quiere verle a usted en su reservado.

El joven le despidió con un gesto y excusándose cortésmente por tener que ausentarse, cedió su puesto a un hombre delgado, esbelto y de rostro traidor, que no se lo hizo rogar dos veces. En el reservado, entretanto, Barrows proseguía hablando incansable.

—El proyecto es instalar un casino con varias diversiones, que seguirá funcionando en cada nuevo campamento, entreteniendo a los jornaleros a fin de alargar las obras. Estará usted protegido.

—¿Cuánto hace falta?—preguntó Campeon lacónico.

—Nada. Yo le daré todo... incluso órdenes.

—¿Qué clase de órdenes? —exclamó Campeon con un destello en los ojos.

—Todas tendrán el mismo objeto: retrasar. Lo único que me interesa es eso... Retrasar los trabajos de la Unión Pacífico, ¿entiende?

—De acuerdo. Cuanto más se retrasen, mejor para ambos...

Fuó interrumpido por la entrada del joven avisado por el negro. Por

primera vez, durante toda la entrevista, en la boca de Campeon apareció un vestigio de sonrisa. El joven lo estudió apoyado en la jamba de la puerta.

—Señor Barrows, éste es mi socio, Dick Allen—presentó Campeon—. En el Ejército fué una calamidad, pero... es un águila con el revólver.

Se estrecharon las manos y Barrows se alegró de la presencia de Dick, mucho más humano que su socio. Dick se apoyó en el respaldo de una silla y se mantuvo a la expectativa.

—Tendrá mucho que hacer, se lo aseguro—dijo Barrows—. Vine a proponer un negocio a su amigo... un buen negocio.

—Nos iremos de San Luis — anunció Campeon.

—¿Para dónde y para qué?—indagó Dick con indiferencia.

—Al Oeste, señor Allen... para divertirse y para prosperar — aseguró Barrows con una risotada.

—De acuerdo. Cuenten conmigo. ¿Cuál es mi vaso?

—Tenga... yo nunca bebo — respondió Barrows alargándole el suyo.

Una mueca de asombro se dibujó en el rostro de Dick, que miró al multimillonario como a un bicho raro, en tanto que decía:

—¿No? — arrojó el líquido del vaso al suelo, explicando—: No me gusta tomar lo de otro. Es mala suerte. Bien, caballeros, de aquí a... a dónde sea.

Campeon y Barrows lanzaron una carcajada ante esta actitud, que auguraba eficaces frutos y resultados en los turbios manejos del de Chicago, puesto que Dick era un hombre decidido, la mano derecha de Campeon.

CAPITULO II

UN HOMBRE DE VERDAD

El tendido del ferrocarril fué avanzando sin grandes contratiempos por las dilatadas llanuras del Oeste Medio. Los trabajadores, en su inmensa mayoría irlandeses de pura cepa, eran indomables. Soltaban los machos y las traviesas para coger el rifle y rechazar los ataques de los piclos rojas, con la misma alegría que si estuvieran celebrando una fiesta. Un solo espíritu animaba a los obreros, a los maquinistas, a los ingenieros y a los jefes de la empresa: ganar tiempo y no ceder terreno, pese a todos los accidentes.

Monaham, el maquinista irlandés, arrojaba, ayudado por el fogonero, carbón a las ardientes entrañas de la locomotora, impulsándola en una carrera vertiginosa hacia el campamento más avanzado. Transportaba el tren, en uno de sus vagones, al Estado Mayor del tendido y, en los restantes, mercancías y pasajeros de toda laya.

Monaham fué distraído de su ocupación por un grito que partió del tender. Una hermosa joven morena, cuyos vestidos eran sacudidos por el viento, corría sobre las bricas de carbón, sosteniendo una caja de metal. Monaham, al verla en aquel lugar, lanzó un gemido justificado por ser él el padre de aquella muchacha que jugaba con la muerte.

—Baja, muchacha—aulló—. Baja inmediatamente antes que los indios te hagan bajar de un balazo en la cabeza.

—Te traigo un regalo—dijo obediéndole y entregándole la cajita.

—¡Cien mil relámpagos! ¿Qué traes aquí? Parece plomo.

—Cartuchos. Olvidé ponerlos antes en tu valija.

—Vuelve al fogón, mocosa. ¡Vaya faena! Veinte hornos hasta Cheyanne y sólo me trae pólvora y plomo en la cacharra.

—Yo creo que almorzaste dina-

mita — opinó Mollie, trepando por el carbón hacia los vagones centrales.

Casi a unísono con esta escena, tres jinetes galopaban en persecución del tren, al que pronto alcanzaron. Uno de ellos aproximó el caballo al estribo del último vagón y saltó a él con maravillosa agilidad. Después entregó las bridas a uno de sus acompañantes, mientras el conductor aparecía a sus espaldas.

—Gracias, sargento. Buena suerte—despidióse el recién llegado de uno de los jinetes y se encará con el conductor—: ¿Está el general Dodge, conductor?

—Sí, y si es usted Butler, el general le busca.

El hombre entró en el tren. Era muy alto, ancho de hombros y de largos miembros, de rasgos enérgicos y agradables. Iba vestido de capitán del Ejército.

Mollie Monahan se encontró en la plataforma con dos sujetos capaces de poner la piel de gallina al más aguerrido. Eran Leach y Fiesta, americano uno, mejicano el otro, vestidos de acuerdo con un gusto muy personal. Leach llevaba barba y una gran melena que se escapaba bajo su sucio sombrero, y un gran revólver estaba atravesado en su cinturón. Fiesta, gordo y bajito, empuñaba un gran látigo

y de una de sus curiosas botas sobresalía el puño de un enorme cuchillo.

Leach cerró el paso a Mollie y dió la explicación de ello:

—Campean y su gente viajan aquí, Mollie.

—¡Raza de víboras! — gruñó Fiesta.

—Una víbora respetable no trabajaría con ellos—opinó Leach.

Dándola escolta entraron en el vagón de los jugadores, en donde había varias mujercuelas, Campean, sus pistoleros y Dick, que mataba el tiempo, haciendo un solitario, silbando y canturreando. Al aparecer la joven, Dick lanzó una exclamación y salió a su encuentro.

—¡Dick! Si me habían dicho que no volverías este año.

—¿Creste librarte tan fácilmente de mí?—se rió Dick.

Mientras ellos dos conversaban, Fiesta rozó a uno de los esbirros de Campean, un individuo corpulento y de cara de pocos amigos, que se tapó las narices y protestó:

—¿Qué mal olor!

El belicoso mejicano se volvió hacia él con ánimos nada pacíficos, pero Leach le contuvo por un brazo, recomendándole:

—¡Quieto!... Los enterraremos en tiempo oportuno.

Mientras los dos pistoleros se

iban del vagón, continuando su visita al convoy, Dick y Mollie, que se habían sentado, charlaban animadamente.

—Cada minuto que pasaba me acordaba de ti—suspiró Dick.

—Eso agrada oírlo, pero yo no lo creo. Mi padre dice...

—Que los jugadores no le placen—interrumpió Dick.

—Ni a mí tampoco—y añadió, señalando a los naipes—: Y estás practicando para desplumar a esos pobres que construyen la línea.

—Sí mi mujer, Mollie, y me corregiré—afirmó muy serio.

Mollie no le hizo caso en apariencia y le señaló las sotas de la baraja:

—No has cambiado ni pizca, excepto para ser peor. Tienes amores con ésta y con las otras tres. Llevas el juego en las venas.

—Y a ti en el corazón.

—Déjate de cuentos orientales. Morirás con las botas puestas y tus cuatro viudas no te llevarán flores al cementerio.

—¿Irias tú a acompañarme?

—Creo que sería mejor que acompañarte al altar.

—Y todas las barajas del mundo no valen lo que uno de tus lindos deditos... con un anillo en él. Ponte de espaldas.

Desempaquetó una lujosa capa

de piel y se la colocó sobre los hombros, a cuyo contacto Mollie abrió los ojos y acarició la piel; los ojos le destellaban. Era evidente que Dick sabía tratar a las mujeres.

—No quiero que tengas frío en el corazón cuando te cases—se burló él.

—Es la cosa más bonita que he visto en mi vida—aseguró Mollie vacilando entre deseos contrarios.—Pero es demasiado para la hija de un pobre maquinista... No es que Monahan sea un mal maquinista, es el mejor que hay aquí, pero... Supongo que la hija de un senador sentirá tanto frío como la hija de un pobre maquinista.

—Y un jugador puede amarte tanto como un santo—aseguró Dick.

En el vagón del general Dodge tenía lugar una grave conversación con el fin de imaginar un medio con que enfrentarse con las circunstancias adversas. La realidad no les podía ser más hostil. El Central Pacific, en vez de detenerse en la frontera de California, continuaba sus deslindes a través del Lago Salado y Ogden.

Unicamente había una forma de evitar la ruina de los accionistas pobres, y era llegar a Ogden antes que el Central. Pero a ello se opo-

nian los hechos, pues en tres años la Unión únicamente había construído quinientas diez millas de vía férrea y... en aquel momento estaban a quinientas millas de Ogden y el terreno se tornaba más y más abrupto. Fué el general Casement quien resumió la situación, momentos antes de que se presentase a ellos el capitán Butler.

—Los indios de esas montañas no son los que solemos llamar pacíficos. Sólo los irlandeses lo harían... y aun dudo que lo hicieran.

Entonces entró Jeff Butler, que interrogado por el general Dodge sobre el cariz de las noticias que traía, dijo:

—Buenas... Se celebró el consejo en Broken Bow. "Nube Roja" dice que los indios quitarán el ferrocarril a los blancos, si los blancos quitan a los indios.

Dodge le presentó al general Casement y a Reed como su auxiliar durante la guerra. En adelante tenía que trabajar con ellos y Reed se encargó de indicarle cuál sería su labor, con ademán desconsolado:

—Resulta que los tendedores de rieles no quieren a los niveladores, éstos no quieren a los aserradores, los aserradores no quieren a los constructores de túneles y puen-

tes... y en el manicomio se han empeñado en no querirme a mí.

Se rieron todos de estas contradicciones. Leach y Fiesta aparecieron sigilosamente en el vagón, contra cuya pared se apoyaron esperando. El trabajo de Jeff era mantener el orden en los tajos y en las obras, hacer desaparecer a los pistoleros y especialmente no perder de vista a Campean, cuya corruptora obra desorganizaba los equipos y costaba más de una vida diaria al ferrocarril. Reed señaló a los pistoleros y dijo:

—Leach Drermile y Fiesta serán sus ayudantes. Ellos le dirán cómo opera Campean.

—No creo precisar guardia personal—contestó Jeff, estudiando a los dos hombres.

—¡Ah!, ¿no? Como más tenga, mejor—le aseguró Casement.

—Cree que no servimos, ¿eh?—se quejó Fiesta.

—Tenemos gran experiencia, capitán—dijo Leach—. Servimos a sus antecesoras, dos pobres chicos que fueron muertos a poco de llegar.

—De acuerdo, entonces. Una pregunta me gustaría hacerle, general—exclamó Jeff volviéndose hacia Dodge—. ¿Cuál es el límite?

—Ninguno. Nuestra ciudad está en construcción y el Código Pa-

nal no existe. Usted es la Ley; de su cuenta corre aplastar todo lo que intente retrasarnos. Estas son las órdenes que hay.

Jeff cruzó entre sus dos auxiliares; que echaron a andar detrás de él. Leach contempló con aprobación su fuerte silueta, sus movimientos sueltos y la manera de llevar las armas. Y comentó:

—Confieso que me agrada bastante nuestro joven amigo. Espero que viva lo suficiente para conocerlos.

El tren pasaba por delante de un campamento indio, cuando Jeff salió a la plataforma azotada por el viento. La máquina lanzó un silbido y el joven se dirigió hacia la rueda del freno y lo hizo girar... sin preocuparse de que Mollie estuviera sentada sobre ella. A la tercera vuelta, Mollie recobró el habla y le advirtió malhumorada y gritando:

—¡Eh! ¡No le dé vueltas!

—¡Por qué no? — gritó Jeff pasando por alto su aviso y recibiendo en pago una tremenda hostetada.

Pero Jeff no perdió la dignidad y dió todas las vueltas que se le antojaron, después de lo cual se observaron desafiantes. El rompió el silencio.

—Señorita, está usted en la rueda del freno y un silbido manda

hacerla girar. Los viajeros no pueden estar en la plataforma mientras el tren se mueva.

—¿Me lo dice usted a mí?... Usted es un pobre novato, señor.

Hecha un torbellino se encaminó hacia el vagón de los jugadores, con la sensible idea de que había encontrado un hombre verdadero, que le gustaba y que se había comportado con él como una tonta, motivo de más para que Jeff pudiera contar con su hostilidad. A poco de estar en él, uno de los secueces de Campean comunicó a éste, que bebía tranquilamente, que el "apagafaroles", o sea Jeff, iba en su busca.

Sin inmutarse, Campean mandó a las mujeres que le acompañaban a un extremo del vagón y a sus hombres que se sentaran cerca de él, cosa que hicieron despreciativamente y acariciando sus armas. Mollie se alarmó, pero Dick la tranquilizó y siguió hablando con ella muy dueño de sí.

Por fin, apareció Jeff en compañía de Leach y de Fiesta, que se apostaron junto a la puerta, y atravesó el vagón hacia Campean, despreciando las procaces ironías de las mujeres.

De repente, Dick se levantó de un salto y corrió hacia él, llamándole por su nombre y segundos

después se abrazaban, prodigando los más grotescos epítetos. Campean sonrió. Cuando el entusiasmo amainó algo, Dick preguntó:

—¿Recuerdas la última vez que te vi en Filadelfia?

—¿Baltimore!—corrigió Jeff.

—No, no, hombre. Fuimos a celebrar nuestro licenciamiento del Ejército a Nueva York y decidimos ir después a Filadelfia.

—Te metí en la cama en Baltimore y yo me desperté en Washington.

Campean bebió un trago, arqueó las cejas y dejó oír su voz pausada:

—Antiguos camaradas, ¿eh?

—Gracias a este amigo estoy todavía vivo—declaró Dick cariñosamente.

A continuación le presentó a Campean y a sus lugartenientes Brett y Corday. Los saludos fueron corteses, pero la aparente apacibilidad de Jeff les dio una idea errónea de su capacidad combativa. Dick, esforzándose en disipar la tensión, golpeó un hombro de su amigo y exclamó:

—Bueno, grandísimo granuja, ¿qué estás haciendo aquí?

—Trabajo para el ferrocarril—anunció sin apartar sus ojos de Campean—. Soy ayudante del superintendente de las obras.

—¿Eso que llaman apagafaroles?—insinuó Campean.

—Puede—silabeó Jeff, apretando sus mandíbulas, cambio que aumentó la ironía de Campean.

—No quise ofenderle de ninguna manera. Perdona.

—He venido a charlar un ratito con usted.

—Tal vez será mejor que siga charlando con su amigo, ¿no es verdad?

Dick acogió inmediatamente la alusión de su socio y para evitar una escena violenta arrastró a Jeff consigo. Jeff, a medio camino del asiento de Dick, declaró tranquilamente a Campean:

—Diga a sus compañeros que se sienten tranquilamente.

—Siempre el mismo—se rió admirado Dick.

Mollie vió acercarse al desconocido con los sentimientos que son de suponer. Dick mencionó el nombre de la muchacha y de su amigo y, una vez sentados, creyó necesario explicar:

—Jeff y yo hemos sido heridos y muertos durante la guerra.

—No serían ustedes los que la ganaron, ¿verdad?—gruñó Mollie, avergonzada a continuación por la tranquila indiferencia de Jeff ante su hostilidad.

Dick apagó sus carcajadas y

Jeff se metió de lleno en el asunto que le había llevado allí.

—¿Es muy amigo tuyo ese Campan?—investigó.

—Es mi socio.

—Te convendría buscar otro socio mejor, Dick.

—Ya le he echado la vista a uno—dijo su amigo indicando a la joven.

La calma con que Jeff recibió la noticia, encendió, sin razón aparente, la sangre guerrera de Mollie.

—¿Acaso le gustó el bofetón que le di en la plataforma?

—Encanto, ¿por qué no guardas tu temperamento, tu lengua y tus lindos puños?—suspiró Dick, que contó a Jeff:—Para Mollie la vida es siempre lucha. Es la encargada de la estafeta de correos, los ojos y la lengua de miles de hombres que no saben leer ni escribir. Ella pertenece al ferrocarril, aunque tú creas que el ferrocarril le pertenece a ella.

Jeff se puso en pie pausadamente, como si no hubiera oído los comentarios del jugador, el cual le remedó inconscientemente. Los delgados labios del capitán se cerraron en una línea recta, que disipó la estruendosa alegría de su amigo.

—Háblame de Campan.

—¿Te importa mucho?—contestó Dick.

—Parte de mi cometido es alejar a su pandilla de la línea.

—No puedes hacerlo, Jeff, no lo intentas.

—Hemos capeado juntos muchos temporales, Dick. Hemos dormido en el mismo lecho y comido en el mismo plato. Unete conmigo otra vez.

Dick dejó caer la mano, con la que asía el brazo de Jeff, y meneó la cabeza.

—No me conviene dejar esto.

—Bueno, temo que seamos enemigos en esta campaña — afirmó Jeff.

—¿Crees que me verá con una cuerda al cuello algún día?

—Puede.

—Cállense — suplicó Mollie —. Vaya una conversación para dos amigos que acaban de saludarse.

La conversación de los tres interlocutores, así como la general, fué interrumpida por la visión de algo que atrajo a todo el mundo a las ventanillas. Un piel roja cortía emparejado con el tren, en un alarde de maestría, é intentaba adelantarlo espoleando a su cabalgadura. No le faltaba mucho para triunfar. Fiesta se echó a reír y dió un codazo a su compadre.

—Leach, mira eso, manito. El indio pretende adelantar al caballo de hierro.

—Monaham va a morir bilioso si el indio consigue pasarle

Los viajeros animaron al piel roja y a la locomotora con imparcialidad. El primero fué ganando insensiblemente terreno. Por el obtuso cerebro de Brett pasó una dealumbradora idea y se volvió hacia Cordray, proponiéndole:

—Cinco dólares a que le tumbo de un tiro.

—Apostados—acepó Cordray.

Mientras los pasajeros se preguntaban qué hacía Jeff, Brett cogió su rifle, apuntó cuidadosamente e hizo fuego. El indio se desplomó y el caballo continuó su veloz carrera.

—Paga, que he ganado — dijo Brett.

Jeff, al sonar la detonación y ver sus resultados, se volvió rápidamente hacia el canalla y le arrancó el rifle de la mano. Brett se levantó de un salto y le quiso golpear, pero el joven esquivó su puño. Dick fué contenido por Mollie, cuando iba a intervenir. Todos gritaron. El segundo pufetazo lo dió Jeff y derribó a Brett, mientras Campean y los suyos querían tomar parte en el combate.

—Todo el mundo quieto en su sitio—aconsejó Fiesta.

—Siga comiendo tranquilamen-

te, Campean... con las dos manos—advirtió Leach.

Brett se había incorporado y dió un directo a la mandíbula de Jeff, el cual se tambaleó y chocó contra la puerta, que cedió, de modo que cayó en la plataforma. Brett le persiguió hasta allí, pero los pies de Jeff le arrancaron de una patada el hacha que había empuñado. La puerta se cerró de golpe, impidiendo ver el final de la lucha, que Jeff apresuró, levantando en vilo a su contrincante, y de un gancho lo arrojó a la vía..

Fiesta, de un latigazo arrancó el revólver empuñado por Cordray, y Leach desenfundó su pistolón, con el que describía círculos amenazadores. Un viajero regresó con el conductor, en el momento en que entraba Jeff secándose el sudor y la sangre de la cara.

—Oiga, conductor, pare el tren. Uno de mis hombres se ha caído—mandó Campean.

—No tire de la cuerda, conductor. Este tren no se para—dijo Jeff, dominando al empleado, y se encará con Campean—: Ese tiro no mató sólo a un indio. Será la causa de que hombres, mujeres y niños blancos mueran torturados.

—¿Qué significa un indio más o menos?—gruñó el jugador—. El

ejército los viene matando hace años.

—Cierto, pero no lo hace para divertirse, Campean... No lo eche usted en olvido.

Sin añadir una palabra más, Jeff giró sobre sus talones y salió del departamento. Si él despreciaba a los allí reunidos, no así Fiesta y Leach, que le cubrieron la retirada con los ojos fijos en todas las manos.

Dick se mordió los labios, por-

que presentía una lucha tanto más cruel cuanto en ella se jugaría una verdadera amistad. Mirando hacia la puerta recién cerrada, murmuró:

—Está resultando muy antipático.

—Para mí no—dijo una voz femenina.

Era Mollie que, con el pecho jadeante aún de emoción, se apretaba las manos con una evidente dulzura y admiración en todo su gesto.

CAPITULO III

¡VAYA HOMBRE!

El campamento de los ferroviarios en Cheyenne se montó como por ensalmo. Se trazaron las calles de una manera convenida con anterioridad. Campean situó su establecimiento en el lugar más céntrico de la esporádica población y a poco el anunciador de la casa de juego atraía a una nube de trabajadores, cegados por el señuelo de una ganancia fácil y de los licores baratos.

Los irlandeses, congregados a la puerta del vagón de Mollie, que repartía el correo entre ellos, miraban la timba de Campean con deseos de entrar en ella y, a unisono, con repugnancia, puesto que su lealtad y buen sentido se rebelaban ante la corrupción. O'Rourke, un corpulento irlandés, pidió a Mollie carta de su mujer, pero la joven le contestó:

—No se ha recibido nada todavía. ¿Por qué no le dice usted que venga?

—No tengo nada más que veinte

dólarés para el pasaje, Mollie. Me voy a la Gran Timba a ganar lo que falta.

—Quietos, Paddy, no vaya —suplicó Mollie—. Nadie gana a Campean.

—Yo ganaré, tengo un talismán —dijo abriendo un libro—. Encontré este trébol en el libro de oraciones que me envió.

Y con la obstinación de su superstitiosa naturaleza, despreció las amonestaciones de Mollie y se dirigió a la casa de juego. Poco más tarde, O'Rourke estaba sentado ante una mesa de poker y miraba atontado ante sí. Le habían desplumado sus veinte dólares. De repente, cogió del brazo a Cordray y le empujó violentamente hacia atrás, gritando:

—Esa no era su carta, la sacó usted de abajo.

—¡Repítalo!

—Le romperé la cara por ladrón —amenazó O'Rourke, disponiéndose a cumplir sus palabras.

Los jugadores y los curiosos se separaron. Un gran silencio reinó en la sala. Cordray sonreía melévolamente y su mano se deslizó hacia la cintura al advertir:

—No se mueva de ahí.

—Con mis propios ojos vi cómo la deslizó de... Es usted un tramposo.

Su puño fué detenido a un milímetro del rostro de Cordray por una bala disparada por el jugador. La música calló, mientras O'Rourke rodaba por el suelo, en el centro del corro abierto por los clientes. Así que Mollie y Leach, que estaban juntos cuando detonó el disparo, se abrieron camino en el establecimiento, acercándose al herido, un médico se sacudía las perneras de los pantalones, declarando que no tenía salvación.

Leach apartó a los curiosos con su acostumbrada rudeza, que promovió algunas protestas, prontamente enmudecidas al ver de quien se trataba, y se echó a un lado para que Mollie pudiera pasar, después de lo cual buscó con los ojos a Dick, a Campeon y al asesino. Mollie se hincó de rodillas junto al moribundo y exclamó, con las pupilas arrasadas en lágrimas:

—¡Paddy! ¡Paddy!

—¿Y la carta, Mollie? ¿Ha venido?... La de Nora—gimió Paddy.

—Sí, Paddy... —mintió Mollie, ordenando a Leach—: Deme esa carta.

Leach tardó unos segundos en entender a qué se refería y cuáles eran las intenciones de Mollie. Por último, le alargó un papel cualquiera, lleno de garabatos, y con él en las manos, la joven se volvió al herido, que suplicaba:

—¿No puede usted leerme la?

Mollie accedió inmediatamente a su requerimiento y mintió, inventó un sublime engaño para apaciguar al moribundo, creando con toda su ternura femenina una carta sobre el sucio papel:

—Mi querido Paddy... mi... mi corazón está tan lleno de amor por ti que... que se me sale por los ojos. Bien sé que estarás impaciente por verme, Paddy, pero teniendo trabajo azaharán nuestras preocupaciones, podremos reunirnos de nuevo y ya no habrá un solo día en que no estemos juntos los dos...

—Ni un solo día... en que no estemos juntos... ¡Nora! —jadeó Paddy.

Se agitó convulsivamente y murió sonriendo. Las lágrimas titilaban en los ojos de Mollie cuando se levantó y se encaró con los consternados espectadores de la trágica escena. Jeff, que se presentó en

aquel momento, oyó que la muchacha apostrofaba a todos:

—Este hombre ha muerto y nada podemos hacer por él. Vino desde un lejano país a poner su grano de arena en la construcción de esta línea, una obra que nos beneficiaría a todos. ¿Qué vais a decir a su viuda los hombres que estáis en este infierno con ruedas?... Eso es lo que es esto, un infierno ambulante que pide la vida de un hombre cada día del año.

Su magnífica actuación surtió efecto, porque los trabajadores se avergonzaron y algunos se dispusieron a salir. No obstante, Dick se adelantó a contener la desbandada con un golpe teatral. Arrancó el sombrero de la cabeza de un trabajador y se lo alargó a los cercanos, diciendo:

—Un donativo para la viuda — depositó él mismo un puñado de billetes — ¿Quién da más?

Mientras los billetes llovían en el interior del sombrero y la tensión se esfumaba, el croupier animó a los jugadores y las mesas se llenaron nuevamente. Jeff se acercó silenciosamente a Cordray, que recogía el fruto de su crimen, y le avisó con su sangre fría habitual:

—No toques esa postura.

—¿Por qué no? — protestó Cor-

dray, palideciendo — Yo he ganado esa mano.

—Puede. La jugada no se terminó, ¿verdad? — preguntó Jeff a algunos.

—No — fué la respuesta.

—¿Qué fué de sus cartas? — insistió, y cuando lo supo animó a Cordray —; Anda, cójelas tú mismo, de las de arriba.

Cordray titubeó, porque sabía que iba a perder. Pero tuvo que ceder, levantó las cartas y mostró unos puntos más bajos que los que enseñaba Jeff. Este dijo:

—Un mal golpe. Paddy gana... ¡Mollie Monahan! — gritó Jeff, dándole la espalda.

Las manos de Cordray, al verle desprevenido, se agitaron lentamente. No había contado con Leach, que le vigilaba y que le amonestó amablemente:

—No muevas las manos de la mesa, Cordray. Soy muy atento. Cojeré las cartas por ti.

Mientras tanto, Jeff entregó el resultado de la jugada a Mollie y mandó a Leach que llevara a Mollie al vagón. El pistolero, a quien hacía poca gracia abandonarle en la boca del lobo, protestó:

—Haré lo que dice, Jeff, pero estos amigos...

—Anda ya — insistió Jeff.

—Ha hecho usted una cosa ad-

mirable, Butler. Gracias en nombre de Paddy—dijo Mollie, enviándole una mirada llena de gloria.

Los dos jóvenes se contemplaron unos instantes y luego se separaron. Jeff regresó junto a Cordray, que movía los labios nerviosamente, y le midió de pies a cabeza.

—Lárgate de Cheyenne, Cordray. La compañía no te necesita.

—No creas que me asustas, matón. Me iré cuando quiera.

—Si no sales de la ciudad antes de una hora... uno de nosotros dos se va a quedar en ella para siempre.

El aviso fué tan suave que algunos se rieron. Pero Dick, que conocía a su amigo, acortó la escena yendo a su encuentro. Cogióle de un brazo y le arrastró hacia el bar.

—Vamos, Jeff. Te invito a un trago.

—Ya voy—cedió el capitán.

La ancha espalda de Jeff se ofreció tentadoramente a Cordray. A medida que empujaba su diestra el revólver, se fué levantando. De pronto dió un salto hacia adelante... Antes, sin embargo, de que apretase el gatillo, Jeff se encaró con él como una centella y no menos prestamente su arma soltó el plomo mortal.

Cordray rodó por el suelo. Se oyó un apagado rumor y algunos

gritos, entre los que restalló la voz del croupier anunciando el fin de una jugada. Todos consideraron con asombro a Jeff por su millagrosa acción. Y Dick le preguntó:

—¿Tienes ojos en la espalda, Jeff?

—Gracias a que el espejo estaba limpio—replicó éste.

Nadie hizo caso de Cordray de momento y comentaron la astucia y destreza del capitán. Finalmente un jugador propuso que se buscara al médico, pero Dusky, el capataz de los irlandeses, replicó:

—Cuando Jeff dispara no hacen falta médicos, sino enterradores.

—¿Qué van a tomar?—preguntó la muchacha del mostrador.

Leach había regresado y escudriñaba la sala con sus ojos de gavilán, mascando tabaco. Mas Campean tomó la muerte de su lugarteniente con suma tranquilidad, apartóse de la caja y animó a los jugadores a reanudar las partidas. Incluso detuvo a Brett dispuesto a desenfundar su arma:

—No hagas eso, Tom.

Pronto fueron patentes los motivos que le inducían a obrar así. Apareció el conductor avisando que el tren para el fin de la línea marchaba pasados cinco minutos. Jeff comprendió entonces la maniobra de Campean. Las bailarinas

arrastraron a los obreros hacia la sala de baile, los que no bailaron mantuvieron junto al bar a sus compañeros, otros se pegaron a las mesas de juego...

—Vamos, bailarines idiotas, hay que volver al trabajo — rugió el conductor—. ¡Al tren!

Campean se subió a una mesa y voceó estentóreamente, disuadiendo de ir a trabajar incluso a los más honrados, con esta invitación:

—Señoras y caballeros, atención. Todo el mundo está invitado por la casa a beber gratis.

Un alud de corpachones chocó contra la barra del bar. Los jornaleros se olvidaron de su deber. Campean triunfaba en toda la línea. Jeff observó la escena tan impasible como Leach. Dick la habló, riéndose sarcásticamente:

—Hoy no van muchos hombres al trabajo, Jeff.

—Después irán — respondió el capitán.

—¿Vas a sacarlos del establecimiento tú solo?—se burló Dick.

—Puede.

—Jamas creí que un vaso de whiskey hiciese tanto efecto — se rió Dick alejándose—. Cuando empiecen los toros avísame; estaré por allí, en el tapete verde.

El conductor desapareció enfurecido. Leach escupió, de espaldas

al mostrador, mirando la animada energía que ponían los trabajadores en consumir los malos licores.

—No me explico por qué encuentran esto tan divertido — rezongó.

—¿Dónde está ese amuleto que tenías?—le preguntó Jeff.

—¿Qué? ¡Ah! ¿Se refiere a la pepita de oro que traje de California?—se extrañó Leach, metiéndose la mano en el bolsillo—. Creo que estará por aquí. La llevo siempre entre mis baratijas. Aquí está. Justamente en el número cinco.

Le tendió un pedazo de oro del tamaño de una avellana sujeto al extremo de una cadenilla. La conversación anterior había tenido lugar en voz baja. Con la pepita de oro en la mano, Jeff levantó la voz:

—¿Quién te dijo que fuese oro? ¿Qué sabes tú de pepitas de oro?

—¿Va a negar que eso es oro?—se indignó Leach.

—Si hubiese aquí algún antiguo minero nos diría si realmente esto es oro.

Leach captó inmediatamente la idea de Jeff. Un minero, sucio y barbudo, se ofreció a identificar, atraído por las voces, el oro. Lo movió a la luz, lo raspó y dictaminó:

—Es oro auténtico. ¿De dónde ha venido?

—Leach lo encontró al final de la línea.

—¿En el terminal?—preguntó el buscador.

—Sí, un poco al oeste de allí—afirmó Leach.

—¿Oro en el final de la línea?—preguntó un trabajador muy gordo.

La voz del hallazgo de oro en el terminal corrió como la pólvora entre los trabajadores, que jugaban, bebían y bailaban, y abandonaron estas gratas ocupaciones para ir en busca de una fortuna, sin hacer caso de las protestas de Campean. La desbandada coincidió con la reaparición del conductor, que, poco más tarde, corría hacia el tren capitaneando a los trabajadores.

Dick se aproximó a Jeff, que se reía de su treta. El jugador sabía

confesar la derrota y le acompañó en su hilaridad, sin lamentar el espectáculo ofrecido por el local desierto y los empleados desesperados.

—Los toros terminan, Dick. ¿Y dónde estabas tú?

—Eres más listo que perro viejo—le alabó Dick.

Cuando Jeff se hubo alejado de allí, Rosa y Campean se unieron a Dick, ya pensativo, y la primera le dijo con violencia:

—Vaya una faena que nos ha hecho tu buen amigo. ¿Qué dices?

Campean, a quien se refería esta interpelación, encendió filosóficamente un cigarro y meditó, meneando lleno de dudas la cabeza. Por último, adoptó un partido, llamó a un camarero y exclamó:

—Con el revólver no podremos despacharle... El tira mejor. — Y mandó al camarero—: Llama a Duke Ring.

Con el infundio lanzado por Jeff sobre el supuesto oro encontrado en el terminal, los hombres, especialmente el equipo de irlandeses, que eran los que marcaban la marcha, trabajaban de firme con un apresuramiento grotesco, enardecidos por las maldiciones y denuestos que prodigaba Dusky. Este estaba subido en una vagoneta, empujada por la locomotora, y su mordaz lengua no se daba punto de reposo, cuando Jeff sofrenó su caballo a un lado.

—Daos prisa vosotros. Colocad bien ese rail. Hay que despabilarse; si yo fuese vuestra madre me avergonzaría de vosotros. Es el whiskey de Cheyenne y no el trabajo de aquí lo que os da tanta sed.

—¿No trabajan, Dusky?—inquirió Jeff.

—¿Trabajar?... ¿Qué les dijo a esos puercos imbéciles que usted nos mandó aquí el otro día? Andan por las colinas buscando oro todos ellos.

—Habrán encontrado hierro.

—¿Qué va! —confesó Dusky—. Están haciendo tres millas al día

con paga o sin paga. Oiga, ¿qué es eso que oí sobre no sé qué caballeros que vienen aquí?

—Inspectores. El general Grant viene también.

—Tendrá un montón de votos en las elecciones por habernos traído la paga él mismo.

—Es cierto.

Mollie estaba recogiendo el correo de las mujeres de los trabajadores y charlando amistosamente con ellas, cuando vió en la lontananza unos puntitos que se movían con rapidez. Era costumbre de los ferroviarios destacar centinelas avanzados para avisar con tiempo la llegada de los pieles rojas, y Mollie, al ver los veloces jinetas, dió la señal de alarma.

En un santiamén las mujeres se refugiaron en los vagones y en sus caballas. Dusky y Jeff no perdieron el tiempo y dispusieron a los hombres. El primero gritaba a los trabajadores, que habían empuñado los fusiles:

—No hagáis fuego hasta que estén cerca.

Los trabajadores establecieron

una línea defensiva detrás de las pilas de vigas, de los ralles y de los montones de tierra.

—Solamente son dos—dijo Dusky oteando las colinas.

—Y, según veo, mis hombres—afirmó Jeff.

—Me huele a algo peor que los indios—supuso Dusky y vociferó: — Volved al trabajo, cobardes, no hagáis que me avergüence de ser paisano vuestro para toda la vida.

Los hombres volvieron a la faena, pasando por alto los insultos del colérico capataz. Fiesta y Leach, pues efectivamente eran ellos, aminoraron la marcha a medida que se acercaban al tren y al llegar junto a Jeff se pararon del todo. Leach pasó la pierna por el arzón, en tanto que Fiesta exclamaba:

—Hemos tenido mucha faena esta vez, capitán.

—¿Conoce usted a Andy Calaham, el capataz de la cantera de grava?

—Sí, ¿qué le pasa?—dijo Jeff.

—Nada, murió ayer tarde — replicó Leach—. Uno llamado Duke Ring, que tiene el genio vivo.

—Sí, y ahora no trabaja ningún hombre allí—añadió Fiesta.

—Pues tienen que trabajar. No podemos tender carriles si no hay grava—protestó Dusky.

—Un par de cientos de hombres andan diciendo que no viene la paga. Por eso no hicieron nada—agregó Leach.

Jeff meditó un momento y descabalgó, echando las riendas de su caballo a Fiesta.

—Voy arriba a entenderme con Ring. Volveré esta tarde si puedo.

—Será mejor que le acompañemos. El capataz murió de mala manera—insinuó Leach.

No obstante, como Jeff no le hiciera caso, se encogió de hombros. Jeff se encaminó hacia un carro cercano a la locomotora y estaba pisando el estribo, cuando se presentó Mollie corriendo y con las mejillas encendidas.

—Dusky, Dusky Clayton. ¿Puedo llevarme este carro allá arriba? Voy a repartir cartas en la cantera de grava.

—No es buen sitio aquel para usted hoy—repuso Dusky.

La joven no le hizo caso y puso el pie en el carro. Jeff, con una excusa, arreó los caballos y la dejó plantada. Ahora bien, este ligero contratiempo no arredró a Mollie, que, con una exclamación de contrariedad, corrió y saltó sobre él, coreada por los trabajadores.

En la cantera de grava, Duke Ring, asistido por una corpulencia gigantesca y unos puños como ja-

mones, persuadía a los consternados hombres que le rodeaban silenciosos más con el gesto que con las palabras:

—¿Por qué trabajáis? No tendréis paga, porque no hay dinero. ¿Es que trabajáis por gusto? Sólo conseguiréis cansaros a menos que venga un grupo de indios y os arranque la cabellera.

La indisciplina cundía; además, por si fuera poco, Ring arrancaba las palas y los picos de las manos de sus poseedores y rompía los mangos como si fueran pajas. Jeff y Mollie, desde el carro, contemplaron la destructora tarea durante unos segundos y, por fin, el capitán rompió el silencio, bajando del carro:

—A los jefes no les gustaría ver sus aperos tratados así. Espere usted aquí.

—Será un suicida si se enfrenta solo con ese energúmeno—le contó Mollie temerosa y le llamó por su nombre—: Jeff, no se puede meter sentido en el cerebro de un hombre a través del boquete de un balazo.

—Puede que acierte. Pase lo que pase, no se acerque usted.

Dicho esto, Jeff se quitó el biricú y lo dejó en el carro. En dos zancadas entró en la cantera. Al ir sin armas, apelaba a la posible ca-

ballerosidad de Ring que, según el código no escrito, no podía emplear las suyas. Los hombres lo notaron y empezaron a rezar por su alma.

—¡Hola, muchachos! ¿Dónde está el capataz?—dijo Jeff—. Vuestro capataz era un buen hombre. ¿Ocupa su lugar este mozo?

—¿Qué viene usted a hacer aquí, Butler?—rugió Ring.

—Nada, amigo Ring, si esos hombres son tan idiotas que creen a un embustero charlatán como usted...

—¿Embustero yo? ¿Os deben la paga de dos meses sí o no?

—Callad, callad, el dinero está en camino—ordenó Jeff, enmudeciendo sus afirmaciones—. Yo lo aseguro. Cobraréis todos los jornales, pero el ferrocarril no os paga para que contempléis cómo el señor Ring rompe las palas. ¡A trabajar todos!

Hubo un movimiento de obediencia y un cantero clavó la pala en la arena. Ring se la arrancó de las manos y lo golpeó con fuerza terrible la mandíbula, dejándole sin sentido. Luego, tronó el matachín:

—Lo mismo haré con cualquier hombre que meta una pala en la tierra. — Y se encaró con Jeff—: ¡Váyase de aquí o no volverá vivo!

Jeff se hizo el sordo, cogió una pala y la clavó en la arena. Ante este desafío, Ring se abalanzó sobre

41. El joven levantó la pala y arrojó arena a los ojos del matón; cegado éste, abrió sus grandes brazos, intentando apresarle, pero Jeff se escabullía, en medio de risotadas, con la agilidad de una ardilla y llamaba la atención de su adversario golpeándole con el instrumento en el fondillo de los pantalones. Un paletazo más fuerte que los demás envió a Ring contra el abrevadero. Jeff se sentó sobre él y le metió la cabeza en el agua hasta que Ring bramó pidiendo gracia. Entonces Jeff le dejó en paz y dijo a los hombres:

—Bien, amigos, aquí está la Bera. No puedo obligaros a trabajar, pero si no podéis con la faena, dejad el campo libre a otros hombres que

quieren trabajar. Lárquese, Ring, y dele usted recuerdos a Campean.

Todos los canteros, humillados anteriormente, ahora respirando, cogieron los aperos y reanudaron el trabajo. Jeff esperó un momento y en vista de la tranquilidad reinante, regresó al carro.

Mollie, durante la pelea, había tonido el corazón en un puño, se había olvidado de las cartas, de todo cuanto no fuera Jeff. Al terminar la lucha, una admiración, un orgullo inmenso e inexplicable la invadió. Y, en contra de su voluntad, exclamó:

—¡Ay! ¡Vaya un hombre!

Porque Mollie había adivinado todo el poder que Jeff tendría sobre su vida.

CAPITULO IV

TRAICION TRAS TRAICION

En la estación del campamento de la línea, acontecía la anunciada entrevista de los inspectores y jefes. La reunión estaba muy lejos de ser no sólo optimista, sino lo sensata que deben ser las discusiones de una gran empresa. Ames, con palabra sobria y descarnada, expuso la situación a un hombre ancho de hombros y barbudo que le escuchaba atentamente:

—Tales retrasos significan un desastre, general Grant. Nuestro crédito está llegando a su límite; hay elementos que, fuera de toda ley y de toda razón, entorpecen los trabajos que se realizan aquí, en el terminal. Es una monstruosa conspiración que persigue la ruina del ferrocarril. Y ahora el señor Barrows propone una nueva desviación al oeste de Laramie.

—Eminentes ingenieros me informan que la presente ruta es impracticable—anunció el multimillonario en son de excusa.

—Yo, en su lugar, me hubiera

aconsejado de un búfalo — dijo Dodge.

—¿Un búfalo? No bromee, general—protestó secamente Barrows.

—El ferrocarril se está construyendo sobre un rastro de búfalos. Estos animales son viajeros prácticos, señor Barrows, y nunca se han desviado de su ruta por razones financieras—explicó el general Dodge—. Mi única inquietud, general Grant, es tener que alargar nuestra línea. El señor Barrows solicita noventa y nueve millas de rieles adicionales. Si así se ordena, presento mi dimisión como ingeniero jefe.

Todos los presentes se pusieron a hablar a la vez, alarmados por la amenaza del experto ingeniero. Incluso el general Grant se removió inquieto en su asiento, pero tomando la palabra consiguió enmudecerles.

—El Gobierno espera que la compañía termine el ferrocarril con arreglo a lo contratado — avisó

Grant—. Igualmente espera que el general Dodge conserve su autoridad. Señor Ames, ¿cuánto dinero se necesita para pagar inmediatamente facturas y jornales?

—Lo menos un millón—se desesperó Ames.

Grant, sin demostrar su asombro por la enorme cantidad mencionada, se refirió a Barrows, que lucía una sonrisa irónica en sus labios:

—Usted, que tan profundo interés parece tener por el ferrocarril, señor Barrows, ¿por qué no anticipa al señor Ames lo que pide?

La exigencia era demasiado directa y Barrows no podía eludirla. Calló unos segundos, sintiéndose contemplado por todos y, finalmente, hizo una inclinación al general Grant.

—Considero un privilegio servir al ferrocarril y al futuro presidente de los Estados Unidos. La primera remesa de fondos será enviada antes de terminar la semana. General, caballeros...

Mientras los ingenieros agradecían a Grant su intervención, Barrows cruzaba las calles de Cheyenne. Campean estaba apoyado en un poste de una esquina de su establecimiento, escuchando en apariencia al anunciador, y su cara no dio la menor muestra de reconocer a Barrows. Este, con el pretexto de pe-

dirle una cerilla, le murmuró al oído:

—Un cargamento de dinero vendrá en el especial la noche del jueves.

—La nómina, ¿eh? — murmuró Campean.

—Sí; yo preferiría que no llegase.

—¿Es mucho?

—Doscientos mil dólares. Dinero mío. Espero que me será devuelto.

—Lo tendrá.

—Gracias por la lumbre, señor—dijo Barrows en voz alta.

Campean reunió en su despacho a Dick, Rosa y Brett, o sea a su estado mayor, y les expuso los deseos del financiero de Chicago. Dick no acogió el plan con la alegría que era de esperar; se puso en pie y preguntó a Campean:

—¿Y Jeff Butler sabe eso?

—Supongo que sí. ¿Hay alguna razón para que no puedas hacer callar a ese bichejo?

—Jeff no es compañero de juego mío. Tal vez le mate o quizá me mate a mí, pero no tolero que le llames bicho.

—No sé por qué le defiendes—rezongó Campean, irritado por el sentimentalismo de Dick—. Se ha hecho el gallito de la ciudad, riéndose de ti.

—Sí, él es dos veces mejor que yo.

—¿Mollie también lo cree así?

—¿Acaso te has propuesto que me moleste?—gritó Dick.

Campean, en lugar de responder, se rió satisfecho, porque había conseguido indisponer a Dick contra Jeff. Para ello había bastado mencionar a Mollie. Dick era tan valiente y experto con las armas como el capitán y en aquel momento su mirada tenía un brillo desagradable.

—Cuando levante esa nómina, no habrá quién se ría, excepto yo mismo—amenazó el joven, cerrando la puerta detrás de sí.

Jeff se despidió del hombre con quien estaba hablando y subió las gradas del vagón correo, en cuya plataforma estaba Mollie, cosiendo unos pantalones. El capitán acababa de llegar de Laramie, en donde una ciudad empezaba a nacer. Así se lo dijo a Mollie, contestando a las preguntas de ella.

—Están desmontando Cheyenne y cargándola en vagones—comentó la joven, y le ofreció:—¿Quiere tomar una taza de té mientras coso el pantalón de mi padre?

—No, gracias, pero me sentaré a su lado hasta que el especial llegue.

Jeff se sentó muy cerca de ella

y adosó su amplia espalda contra la pared del vagón; cargó, a continuación, la pipa y atendió a Mollie que contemplaba cada uno de sus hábiles ademanes.

—¿Especial? ¿Quién viene?—se intrigó Mollie.—¿Se refiere a la nómina? Esa sí que es una buena noticia.

Enmudecieron un instante, que aprovechó Jeff para extraer nubes de humo de su cachimba. Una vaga sensación de dicha le emocionaba. Se echó el sombrero hacia atrás y suspiró:

—Me gusta estar sentado en un pórtico.

—Sobre todo si disfruta de mejor compañía que ahora—dijo Mollie.

—No hay mejor compañía.

—Le quedo muy agradecida de la lisonja—aceptó la joven, esquivando sus ojos.

—Yo acostumbro decir siempre la verdad, Mollie.

—A veces pienso si llegaré a tener otro pórtico que éste.

—Algún día vivirá en una casa sin ruedas—vaticinó Jeff.

—No lo sé. He soñado muchas veces despierta que llegaría a vivir tranquilamente.

—Pronto se verá cosiendo calcetines para un hombre feliz.

—Espero que ese hombre no esté lejos de los ralles. ¿Y dónde desea



Mollie recobró el habla y le advirtió malhumorada.



Hecha un torbellino se encaminó hacia el vagón de los jugadores.



—¿Eso que llaman "apagafaroles"?—insinuó Campean.



Arrancó el revólver empuñado por Cordray.



—No mueva las manos de la mesa, Cordray.



Cordray rodó por el suelo.



Fiesta anduvo a gatas por debajo del vagón...



Distingueron la oscura silueta de la locomotora.



*El peligro aumentó por la aparición de Cookie
y de Brett.*



Jeff movió sus manos hacia abajo.



—Es tu segunda equivocación, Dick.



El látigo silbó entre los dos hombres.



*Retrocedieron hasta la única pared en buen estado
del vagón.*



Dick aceptó la sensata proposición de su amigo.



*Un seco disparo obligó a Jett a girar rápidamente
sobre sí mismo.*



La gran empresa había concluido.

pasar usted sus años otoñales?

—Probablemente no tendrá años otoñales.

Mollie se estremeció, sacudida por la frase, que más que una suposición, era aceptar un hecho establecido. Y de repente algo difuso unió a ambos jóvenes, algo tierno y trágico a la vez, como sus propios destinos. Jeff se esforzaba en mantener su serenidad, amenazada por la belleza de la muchacha; ésta, atenazada la garganta por un extraño nudo, obligaba a su alma a no expresar en un grito toda su dulzura y todo su dolor.

—¡Oh! ¿Por qué dice esas cosas?—sollozó—. Tiene usted un carácter que transforma en frío el viento cálido. Toque mi mano, está helada.

Jeff estrechó su diminuta y fuerte mano con su diestra, se inclinó hacia ella, cediendo al momento, que ponía una belleza única en su vida estéril y peligrosa, y balbuceó con anhelo:

—En mi puesto, Mollie, jamás se sabe lo que puede ocurrir. Posiblemente, cualquier día... ¿Por qué habló de viento cálido?

Mollie se echó a reír. Ya sabía lo que quería. Jeff la amaba, pero lo ocultaba para que ella no sufriera con su azarosa existencia.

—Me refería a otra clase de vien-

to, a ese en que las brújulas cabalgan y sopla muy fuerte.

Leach pareció brotar al lado de la plataforma y escrutó a la pareja. Luego, carraspeó, se apoyó en la plataforma y anunció pausadamente:

—Jefe, si le gusta ocuparse en hacer planes para el futuro, tome muchas garantías. No llego a comprender el motivo ni de qué se trata en realidad, pero ocho pistoleros del amigo Campean han desaparecido esta noche de la timba.

—¿Está Dick jugando?—inquirió Jeff, enderezándose de un salto.

—Ese atolondrado no está allí.

Esta anduvo a gatas por debajo del vagón y sacó la cabeza por el otro lado. Antes de que su cuerpo hubiera aparecido por completo, ya comunicaba sus sospechas.

—Jefe, faltan ocho caballos del corral de Campean.

—¿Pudiste ver sus huellas?

—Pues parece que iban hacia el Este.

—Tal vez los indios den esta noche un baile de disfraces—se burló Leach.

—¡La nómina! — exclamó Jeff, entendiendo el chiste.

—Eso me figuro yo — aseguró Leach.

En un abrir y cerrar de ojos, Jeff planeó lo que habían de hacer,

con gran contrariedad de Mollie, la cual veía desaparecer una ocasión ideal para conseguir la ansiada declaración.

Leach y Fiesta fueron enviados en busca de una vagoneta y se encargaron de alistar a algunos hombres y aprestar algunos caballos. El y Mollie corrieron al puesto de telégrafos y comunicaron a Calvin, el telegrafista, que ordenara al jefe de una estación intermedia detener el tren.

Pero el especial ya había pasado por ella.

Calvin fué dirigido al general Dodge y le enteró de todo. Mollie quedóse al servicio del telégrafo, en tanto que Jeff y sus hombres volaban por la vía hacia el Este. Mas llegaron tarde. Los pistoleros, mandados por Dick, ya habían desvalijado las arcas del tren especial. Jeff, Leach y Fiesta distinguieron la oscura silueta de la locomotora... Un bandido dió la voz de alarma y sus compañeros montaron de un salto en sus caballos.

—¡Separaos! ¡Cada hombre por su lado!—ordenó Dick.

Jeff mandó lo mismo a sus hombres y él persiguió personalmente al jinete cargado con una gruesa cartera. La carrera era hacia Cheyenne; Jeff deseaba capturar al forajido antes de que llegase a la po-

blación. Poco a poco, a pesar de las irregularidades del terreno, fué acortando la distancia. Así que estuvo a tiro de revólver de su enemigo, desenfundó su pistola e hizo fuego. El disparo resultó corto. Sin embargo, Dick se puso la cartera a la espalda, a modo de coraza, y de este modo se salvó de tres balazos mortales de necesidad.

Como un ciclón, el forajido llegó al vagón correo, desmontó de su caballo, a quien dejó en libertad, arrojó la pesada cartera por la ventanilla, rompiendo el cristal, ruido que hizo comparecer a Mollie, y mandó un chiquillo a Campean con el encargo de que le enviara un par de hombres.

—¿Por qué has tirado la valija por la ventanilla?—preguntó Mollie.

—Ocúltala o habrá un asesinato frente a tu puerta.

Mientras él se apoyaba indolentemente en la entrada, Mollie le obedeció sin saber por qué. Jeff frenó su caballo ante el vagón correo y midió a su amigo de pies a cabeza.

—¿Pasaron por aquí unos jinetes?

—Sí, todavía se ve el polvo... Si te das prisa aún los alcanzas.

Pero su amigo mentía, porque Jeff perseguía a un solo jinete. Por

conseguiendo, con creciente sospecha, si no con seguridad, Jeff se apeó, diciendo:

—Gracias. ¿Hace mucho que estás?

—Sí. Espero una taza de té y un beso de Mollie.

—Me adhiero... para el té—declaró Jeff, subiendo al vagón.

Mollie intentó recibirle con una animación que estaba muy lejos de sentir. Temía, con fundamentos, que hubiera lucha entre los dos amigos. Hizo unas preguntas, que apenas Jeff se tomó el trabajo de contestarlas mientras recorría con los ojos el interior del vagón. Y así descubrió el cristal roto de la ventanilla.

—¿Quién rompió la ventanilla?

—Será que ha vuelto Monahan—se rió Dick, ocultando la turbación de Mollie.

—¿Ah, no!—protestó ésta—. Debió ser un borrachín que quiso lanzar una botella a la luna.

—¿Dónde la puso usted?

—¿Qué puse?—dijo Mollie.

—La botella.—Y después de confundirla, le preguntó a Dick: ¿Qué? ¿Fue mucha gente a la timba esta noche, Dick?

—No lo sé. Estuve en el terminal.

—El lodo del terminal es blanco. El que tienes tú en tus botas es

como el de las mías: rojizo. Parecido al del terreno donde detuvieron al tren del dinero.

—No vayas a decirme que han robado vuestras pagas — gimió Dick—. ¡Pero, chico, eso es muy grave para el ferrocarril! ¿En dónde estabas tú, Jeff?

Mollie había terminado de preparar el té y dispuso tres tazas sobre la mesita, sirviendo la infusión. Ahora sabía la causa de' temor de Dick y la de la presencia de Jeff. Los dos hombres se miraban de hito en hito.

—Pero tómense el té y dejen de apuñalarse con esas miradas — suplicó.

—Hablas bien, Mollie. Cuando hay desconfianza los ojos parecen puñales.

—Es cierto; no puedes confiar ni en los amigos—aprobo Jeff.

Habían concluido de tomar el té, cuando el peligro aumentó por la aparición de Cookie y de Brett, los pistoleros solicitados por Dick. Sin decir una palabra, ocuparon los lugares estratégicos del vagón. Jeff no concedió importancia al refuerzo.

—No tengo carta para ustedes, ni despacho té; or las noches. Además, no deseamos formar un cuarteto—avisó Mollie, horrorizada por sus cataduras.

—El capitán Butler está molesto porque han robado las pagas—dijo-les Dick.

—¿Lo ves, Butler? Hay personas más listas que tú—afirmó Brett.

—Puede — fué la lacónica respuesta.

Y en lugar de marcharse como le suplicaba Mollie, se dedicó a buscar la valija, despreciando a sus contrincantes. Registró la litera de Mollie sin resultado y luego posó la diestra en una gran arca, pegada a la pared. Mollie dió un respingo y Dick advinó que allí estaba el dinero robado.

—El gato curioso se quema el hocico, Jeff—exclamó Dick—. Démonos las buenas noches.

—¿Por qué? ¿Es que te vas?

Mollie quiso distraerles vaticinando la fortuna por el poso de las tazas de té. Obligó a Jeff a sentarse, pero el capitán no apartaba los ojos de sus contrincantes y quiso saber:

—¿Pueden también decirme si hay algo en este vagón, Mollie?

—Ne, pero vea. Le avisan a usted que se marche. Si no emprenderá un largo viaje sin billete de vuelta.

—¿Qué ves en mi taza? ¿Una chica con ojos irlandeses? — preguntó Dick—. ¿Dime, la ves tú?

Entretanto Mollie lo negaba,

Jeff, con la excusa de que hacía mucho frío en el vagón, destapó un poco la gran arca. Inmediatamente, el revólver de Dick le tuvo encañonado. Jeff movió sus manos hacia abajo.

—No deslices las manos, Jeff.

—Es tu segunda equivocación, Dick.

—¿Cuál fué la primera?

—Enviar por ayuda.

Cookie y Brett le animaron a que acabase con él y el nudillo del índice de Dick fué doblándose en torno del gatillo. La vida de Jeff pendía de un hilo. Mollie se decidió a sacrificarse por el hombre que amaba y se interpuso entre ambos, con una taza en la mano:

—Dick, espera. ¿Quieres mirar este círculo que hay aquí en la taza?

—Parece un lazo corredizo—contestó Jeff.

—No, es... es igual que un anillo.

—¿Un anillo de boda?—preguntóla sorprendido Dick, guardándose el arma.

—Pues no sé. Posiblemente, pero no quiero que hablemos de esto... hasta que Jeff se haya ido.

—¿Qué te parece esto?—exclamó Dick, enseñándole una magnífica sortija—¿Crees que podrías llevarlo en la mano izquierda?

—Pues... si los matones pagados se marchasen fuera de mi casa, yo te diría que sí—se encaró con Jeff y le avisó—: Dick estuvo toda la tarde esperando el momento de declararse. Le puedo asegurar que no hay más dinero en casa que seis dólares y setenta y cinco centavos... y los ahorros de Monaham, que los tengo metidos en el armario. Lo juro por cuanto quiero en la tierra... y por todo el amor que hay en mí y... ¡Oh, váyase usted, Jeff! Le aseguro que no hay nada en el vagón.

—Quiero creerlo así — terminó Jeff, saliendo del vagón con la muerte en el alma.

Cuando Mollie estuvo a solas con los jugadores, sollozó un buen rato y Dick intentó consolarla. Pronto, no obstante, los dos matones interrumpieron los sollozos y los consuelos, exigiendo la entrega del dinero en tales términos que la paciencia de Dick se terminó y les echó fuera diciendo:

—Andad, largaos de aquí los dos. Decidle a Campean que irá pronto.

Cookie y Brett desaparecieron rezongando. Mollie y Dick experimentaron el fruto de las emociones anteriores y mientras la joven se sentaba, Dick averiguó dónde guardaba Monaham el licor y se sirvió

un buen trago. Más animado ya, atendió a la muchacha.

—Haz en seguida tu equipaje.

—¿Por qué he de hacerlo, Dick?

—Tenemos una vida entera para hablar de ello. Supón que me gustase saber si hay lagos en Irlanda del color de tus ojos.

—Déjate de cositas dulces y dime lo que pretendes — le rechazó Mollie.

—O quizá recorrer toda América, ir a Nueva York, San Luis, San Francisco.

Mollie le miró de frente y sacudió la cabeza muy decidida.

—El coche del general Casement está atravesado en los rieles.

—No comprendo.

—Devuelve hasta el último penique. No te ayudaré a robar el ferrocarril que es como una madre para mí.

—¿Estás loca, Mollie? ¿Sabes lo que hay en esa saca? Champagne, carruajes, vestidos lujosos y bienestar para el resto de nuestras vidas. Hay casi doscientos mil dólares en esa saca.

De nuevo agitó negativamente Mollie la cabeza y Dick, estupefacto por su entereza, se sentó sobre el arca e intentó componer sus ideas, bastante desordenadas por el sacrificio que la posesión de Mollie requería.

—No seas optimista. ¿Crees que viajarías una sola milla con el dinero? Jeff Butler sospecha y todo el ferrocarril te perseguiría. El único medio que tienes de salvar el cuello es devolverlo.

Los argumentos de Mollie eran tan razonables que Dick tuvo que inclinarse ante ellos. Casi convencido, tuvo la sospecha de que Mollie le exigía una humillación más que mediana y se engalló:

—¿Yo?

—Tú... o te veré bailar colgando de una cuerda, y no es agradable la escena.

—Para una desposada menos aun. ¿Lo vas a ser, Mollie?

—Te prometo que sí. Pero no hablemos de boda hasta que hagas lo que digo.

—Por vez primera cambio dos ases por una reina — se resignó Dick—. ¿Y esa valija?

—Debajo la tienes.

El dinero había estado al alcance de Jeff y únicamente la sangre fría de Mollie había impedido que el capitán lo descubriese. Dick la bendijo con toda su alma; abrió el arca y sacó la valija sin decir una palabra.

Jeff había comunicado su fracaso en impedir el asalto al tren y Reed y el general Casement atendieron a sus explicaciones sombrías y rezu-

mando sospechas. Al concluir el relato, Reed determinó:

—Nadie sabía que venía en ese tren excepto usted, Casement y yo mismo.

—Y Campean—declaró Jeff.

—¿Cómo pudo enterarse?—dijo Casement.

—No lo sé.

—El compañero de Campean es un antiguo amigo suyo, ¿no es cierto?—dijo Reed.

—Lo era—fué la contestación.

—Necesito que aparezcan los fondos... o presente usted su dimisión—reclamó Reed con alguna dificultad.

—Buenas noches, caballeros—saludó un recién llegado.

Era Mollie, que se adelantó hacia el grupo, en tanto que Dick cerraba la puerta y la seguía llevando un pesado y voluminoso bulto apretado contra su cuerpo. Los tres interlocutores los recibieron con mucha frialdad, que Mollie optó por no reparar.

—Siento muchísimo interrumpirles, general, pero esto le pertenece a usted.

Dicho esto, depositó la valija sobre la mesa.

—¿A mí? ¿Qué contiene?—se sorprendió Casement.

—La nómina.

Los tres hombres lanzaron una

exclamación idéntica y palparon la valija. Jeff advirtió los impactos de los tres disparos hechos contra el ladrón y estudió a Dick, que simulaba una gran indiferencia. Pero ni Casement ni Reed, a pesar de su agradecimiento, aceptaron el dinero a cambio de despreciar su deber de castigar al culpable, antes bien Reed se aproximó a la muchacha y dijo:

—¿Cómo sabía usted que era la nómina?

—Por los balazos. No hice tan mala puntería — la auxilió Jeff oportuno.

—Claro, eso lo explica todo—se apresuró Mollie a recoger la insinuación de Jeff—. El pobre bandido, al sentirse herido, se desprendió de la valija para esconderse. Llevará los balazos en la espalda.

—Los balazos no atravesaron la valija—negó Jeff.

—¿Dónde la encontró?—Investigó Reed, y como Mollie balbuceara unas cosas sobre la luna, preguntó a Dick:—No me importa la luna. ¿Cuánto tiempo estuvo con Mollie Monahan?

—Sólo un instante — se burló Dick.

—Fíjese en lo que dice, Allen, queremos ahorcar al hombre que cometió el robo—amenazó Reed.

—Mollie, ¿dónde apareció la valija?—insistió Casement.

—Nunca conseguiré acordarme de nada mientras ustedes me azoran con sus preguntas como disparos. Pues, hum, estábamos tomando el té con Grandpa O'Shaughnessy...

—Grandpa O'Shaughnessy no ha bebido otra cosa que whiskey desde la guerra de 1812—terció Jeff. La mirada de Mollie fué asesina.

—¡Oh, sí! Excepto cuando le duele el estómago, entonces toma una parte de té por siete partes de whiskey.

—Mollie Monahan, ¿es cierto lo que cuenta?—apremió Reed.

La joven bajó la cabeza. Dick intervino para borrar el mal efecto que las pobres mentiras de la joven habían logrado. Más seguro de sí, adivinó la única manera de desviar las sospechas y las expuso, mientras los dedos de Jeff atenzaban el borde de la mesa:

—No del todo... La verdad es que estábamos buscando al padre Ryan para hablar de nuestra boda. Enseña el anillo, Mollie.

Reed y Casement no revelaron el criterio que les merecía aquella locura de Mollie. Reed escrutó a Dick y a la joven y les preguntó en dónde había encontrado la valija.

—En los rieles, cerca del vagón correo—puntualizó Dick.

—¿A qué distancia?—la voz de Jeff sonó tranquila.

—¡Oh, no sé!—tartamudeó Mollie—. Tirando una piedra se llegaría.

—¿O una botella?—exclamó Jeff.

—Bien, fuese como fuese, está aquí, ¿no es cierto? —lea desahó Dick—. Pero aun tenemos que hablar al padre Ryan de nuestra boda. Será mañana.

Mollie recibió la noticia con una indiferencia que contrastaba con el entusiasmo de Dick. Casement y Reed la felicitaron tanto por la devolución del dinero, como por la boda... que tenía que ser aquella noche, porque el campamento se trasladaba a Laramie y el sacerdote había de desmontar la iglesia. Mollie palideció. Dick, complácido por el inesperado adelanto, habló a su amigo:

—¿Nos quieres servir de padrino, Butler?

—El capitán tiene que trabajar mucho—intervino Reed—. Necesito al hombre que robó el tren, Butler.

—Sí, señor—contestó Jeff preparándose a marcharse, pero antes recomendó a Dick—: Espero que seas digno de ella.

Después se lo tragó la oscuridad, mientras resonaban en sus oídos los

fervientes deseos de Casement y de Reed para la dicha de Mollie. No tuvo mucho tiempo de pensar y ordenar los amargos sentimientos de su alma. En la ciudad reinaba una actividad febril. Los irlandeses desmontaban las casas y las transportaban al ferrocarril, cambiando humorísticos comentarios.

—No te enfades, Mike. Todo esto va a Laramie.

—¿Y dónde está Laramie?

—En el sitio donde pongan todo esto.

El esqueleto de la calle principal de Cheyenne fué ocupado por una columna de irlandeses con grandes hachas apoyadas en el hombro. Era un cortejo amenazador, silencioso y determinado. En la primera línea marchaban Jeff, Dusky, Leach y Fiesta emanando decisión. Los pobladores se apartaban a su paso y cuchicheaban su extrañeza. La comitiva desembocó frente al establecimiento de Campean.

—Los irlandeses vienen — aulló Cooke en el semidesierto local de Campean.

Este adivinó los propósitos que les empujaban allí y, creyendo conocer la psicología de los trabajadores, ordenó al barman que les diera de beber gratis, a los jugadores profesionales que disimularan, de manera que consiguió un

remedio de animación. Pero ésta se esfumó al encuadrar la puerta la alta silueta de Jeff. A continuación, los irlandeses invadieron el establecimiento y esperaron.

—¡Hola, Campean!—gritó Jeff, caminando entre las mesas—. Oí decir que se iba a Laramie.

—No le importa.

Las manos de Jeff estaban peligrosamente cerca de sus pistolas. Brett tuvo que acatar su mandato de que se pusiera en un rincón con los brazos levantados. Algunos clientes, jugadores y matones probaron rebelarse, pero las hachas les redujeron a la inmovilidad.

—Eche a todos esos destripaterones ahora mismo — rugió Campean.

—Han venido para hacer la mudanza—acató Jeff—. Fiesta, lleva al señor Campean ahí dentro.

Fiesta, muy complacido, arrastró a Campean a su despacho, haciendo restallar su temible látigo, que acostró a Cookie, el cual se había escapado durante el desorden. Los irlandeses corearon a Jeff aconsejándole una buena paliza. El capitán se detuvo en la entrada del despacho y recomendó:

—Leach, vigila todo esto.

Leach se apostó junto a la caja, rozando con los dedos la culata de su pistola. En cuanto el barman

propuso a los irlandeses beber a costa de Campean y los trabajadores aceptaron con júbilo, su grito acalló el barullo:

—¡Quietos! Pueden guardar la bebida, Jake. ¿No habéis oído que los irlandeses son abatemios?

Esta broma fué celebrada y los irlandeses quedaron en su sitio, esperando el resultado de la entrevista de Jeff con Campean. Ambos estaban sentados en la mesa del despacho del jugador, que fumaba y bebía sin perder un ápice de serenidad. Fiesta, frente a los dos, tenía su látigo desenrollado.

—¿Quién detuvo el tren, Campean?—dijo Jeff.

—¡Hum! ¿Cómo saberlo?

—¿Qué es lo que dice, Fiesta?—preguntó Jeff al mejicano.

—Dice que va a cantar ahorita todo lo que sabe de ello. ¿Verdad que sí?

El látigo silbó entre los dos hombres y vació el ojo de una cabeza de ciervo disecada y clavada en la pared. A medida que el interrogatorio transcurría y Campean negaba su parte en el asalto, el látigo de Fiesta hacía maravillas, estrechando su amenaza. La tranquilidad de Campean empezaba a ceder, cada vez que su punta detonaba como un disparo entre las risotadas

de su propietario y la sonrisa irónica de Jeff.

—¿Quién hizo ese robo?

—Butler, está cavando su fosa usted mismo—opinó Campeon.

En la pausa siguiente, Fiesta cortó a cercén el cigarro que el desalmado tenía en la boca. Este fué el golpe decisivo. Campeon se defendió retrocediendo desde entonces, nervioso, asustado, en tanto que Jeff aumentaba su implacabilidad.

—Dick cavó la de usted esta noche.

—No he visto a Dick.

—Bien, entonces no sabe que Dick devolvió ese dinero. Le ha vendido, amigo Campeon... No se puede confiar en un hombre enamorado.

—Miente usted.

—Devolvió la nómina a Casement.

Cookie, tan desazonado como su jefe, quiso congratularse con Fiesta e intervino:

—Le vi dar a la chica un anillo. Ella le prometió ser su mujer.

El corpachón de Campeon se agitó con un estremecimiento convulsivo. Depositó el vaso sobre la mesa, palideció y las venas de las sienes se le hincharon, mientras se pasaba la mano por la cara.

—Está bien—confesó—. No so-

peche de mí. Yo no hice nada. Sí... Dick estuvo en lo del tren. ¿Qué más puedo decir sobre ello?

—Nada, pero venga conmigo. Tú también—dijo Jeff.

Lo último se refería a Cookie, que quiso escapar por la puerta trasera. Un latigazo de Fiesta contra la pared le hizo desistir de su propósito, y los cuatro comparecieron en la sala, en donde Leach peroraba:

—Confieso que no sé qué va a pasar en Laramie sin nuestro servicio. No saques el pañuelo, Brett... Utiliza la manga si vas a limpiarte la boca.

—Leach, ¿están los caballos? —cortó Jeff—. Tú y Fiesta encargaos de que toda esta gente emprenda el viaje. Oyr, no olvides esta rata.

Esto último correspondía a un jugador que se ocultaba bajo la mesa. En un abrir y cerrar de ojos empujaron a los jugadores y bailarinas a la calle, acuciados por el látigo de Fiesta.

—Dusky Clayton, actúa tú ahora—dijo Jeff.

—Escupid a las manos, irlandeses, hay mucho trabajo hoy—dijo Dusky.

Sin preocuparse de los clientes y jugadores, las hachas chocaron contra las botellas, las mesas, los espejos, los vasos, pulverizándolos.

Campean lanzó una última mirada a su establecimiento y una vez en la calle amenazó:

—Espero que Dick no le encuentre, Butler. Quiero que muera usted por mi mano.

—Sale un tren esta noche, Campean. Váyase, si vuelve aquí otra vez, no respondo de nada. ¡Lárguese!

—Vámona, Jeff, hay que divertirse—le invitó Dusky.

—No tengo tiempo — rechazó sombrío—. Voy de boda.

Los irlandeses siguieron el estrago y sacaron a los jugadores a la calle. Unos cuantos años fueron

reunidos en un santiamén y los jugadores fueron montados con la cara hacia la cola de los animales. Una vez estuvieron todos aposentados, Leach se creyó en la obligación de discursar:

—Ahora, muchachos, tenéis dos caminos. Iros en treinta segundos o ser enterrados en treinta minutos.

—Así no se puede montar—protestó Brett.

—Será difícil quizá, pero es el mejor medio de despistar a los indios — concedió Leach, promoviendo una tempestad de carcajadas.

Los irlandeses amartaron a los burros a tiro limpio y se disgregaron.

La boda de Mollie y de Dick ya había acontecido; estaban en el atrio de la capilla, una especie de vestíbulo con ventanas, recibiendo las felicitaciones de todos. La casualidad quiso que llegara entonces Jeff. Dick, al distinguirlo, se le acercó.

—¡Hola, Jeff! ¿Vienes a ver a la novia?

—No, Dick... vengo por tí—fué la difícil contestación.

—Tú llevas armas, yo no.

—No has tenido suerte

—¿Tiene las pruebas, Butler?—exigió Reed.

—Sí, habló su socio.

—Es horrible lo que usted hace, Jeff. ¿Y por qué? El dinero fué devuelto—arguyó Mollie.

—Al soldado que estaba de guardia no le han devuelto la vida, Mollie.

Casement y Reed trataron de llevarse a la joven consigo y lo mismo hizo Jeff con su amigo, que no ofrecía resistencia. Mollie se desasó y fué hasta Dick.

—Es muy corta la luna de miel

para la novia. Oiga, ¿no voy a poder ni besarle?—y cuando accedieron y Dick la abrazó, le murmuró: —Escapa si puedes.

A renglón seguido se situó entre Jeff y Dick y agarró los brazos del primero, explicando:

—Quizá sepa usted todo lo que estoy sufriendo. No se puede resistir, pero conozco las leyes que nos rigen y... ¡La ventana, Dick! ¡Lléveme por ella!

Todos habían sido engañados por su mansedumbre. Dick de un salto colosal salió por la ventana y se hundió en las tinieblas. No pudieron hacer fuego, porque la calle estaba llena de gente. Los gritos atrajeron a Leach que, informado de lo que acontecía, se presentó a Jeff, el cual le dijo:

—Leach, coge un par de caballos.

—No, Jeff, vaya a Laramie, hace mucha falta allá—dijo Casement.—Leach y Fiesta se quedarán y le darán a Dick Allen su merecido.

—Me parece lo más conveniente—declaró Leach, adivinando el sufrimiento de su jefe.

Alrededor de Mollie se había formado un círculo. La gente la contemplaba curiosa, horrorizada de su extraña conducta. Reed dió unos pasos hacia ella y exclamó secamente:

—Cuando llegue a Laramie coja sus cosas y devuelva el coche al

superintendente. Sus servicios en el ferrocarril han terminado.

De esta manera el sacrificio de Mollie por el hombre que amaba y por la lealtad debida a su esposo, cavaba un abismo que la separaba para siempre del ferrocarril que había sido su vida hasta entonces.

CAPITULO V

EL VERDADERO AMOR

El primer convoy, que transportaba los materiales de la compañía, entre Cheyenne y Laramie, corría veloz por la llanura. En el furgón iban Jeff y Brakerman, el conductor. Los esfuerzos de éste por trabajar conversación se anulaban ante el laconismo y el mal humor de Jeff. Junto a la vía férrea pastaban innumerables búfalos, en su camino hacia el Sur. Brakerman cesó de cantarrear y dijo:

—Hay muchos búfalos en estos alrededores. Espero que no se pongan delante.

Dick Allen se deslizó por el eje de las ruedas del coche correo y gracias a la elasticidad de sus músculos, sus manos se asieron del borde de la entrada del vagón. Mol-

lie, que estaba preparando su desayuno, advirtiendo la aparición de unas manos tiradas por el hollín, corrió hacia el rifle y lo empuñó.

Esta fué la recepción que tuvo Dick, una vez saltó al interior del coche. Sacudió las manos y se echó a reír del belicoso aspecto de su esposa, que todavía no se había recuperado de su asombro.

—Perdón, señora Allen, no es un modo decente de volver al hogar. Voy a adecentarme un poco antes de darte los buenos días—anunció llenando de agua una palangana—. Vaya noche de bodas, colgado debajo de un vagón mientras mi mujer espera. ¿No irás a darme plomo por desayuno?

Mollie soltó el rifle, mientras él se secaba la cara.

—No puedes seguir en el tren. Jeff Butler viaja en él. Viene en el furgón. Puede ocurrirte una desgracia permaneciendo aquí.

—¿Estando a tu lado?

—No sé ni dónde estoy—respondió ella, apretándose la frente.

Dick la cogió entre sus brazos y la miró de hito en hito. Sentía un amor avasallador, que horrorizaba a Mollie. No obstante, no intentó escapar del abrazo, aunque lo soportó con pasividad. Notándolo, Dick se ruborizó y dijo:

—No quiero que te enfades. Estoy al lado de mi mujercita, lo demás no me importa nada. Antes te quería mucho, Mollie, pero después de anoche...

—Dick..., debo decirte que te voy a... Yo no siento por ti lo que una mujer ha de sentir por el hombre que es su marido.

—El azar lo ha querido, Mollie. Encontraste esposo en una taza de té.

—Lo sé... unidos hasta la muerte—afirmó mecánicamente—. Pero sólo te pido que me dejes algún tiempo para...

—¿Tiempo?—repitió Dick frunciendo el entrecejo—. Me lo ha presentado el diablo. ¿Por qué he de esperar?

—Ya que me lo preguntas, te lo

diré. ¿Sabes tú por qué me casé contigo?

—Sí, para impedir que Brett matara a Jeff por la espalda.

—¿Y sabiéndolo te casaste?—se asombró Mollie.

—Te quiero tanto que todo me era igual si eras mi esposa.

—Escúchame, Dick, yo quiero a Jeff desde que le curé la cara en el tren de Omaha aquel día. Pero me casé contigo y estaré a tu lado siempre. ¡Oh, no sé si podré perderte algún día!

—Sabrás perdonarme, Mollie... y sabrás amarme.

Los dos jóvenes fueron sacados de su conversación y de su melancolía por algo que rozó la mejilla de Mollie y que chocó contra una cacerola, arrancándole un sonido metálico y pavoroso. Dick, más averado, se arrojó al suelo y arrastróse hacia la entrada del vagón sobre su cuerpo.

—Dick, ¿qué es eso?—preguntó Mollie, asombrada de su conducta.

—Tírate al suelo. ¡Hay mucho peligro!

Mollie no se lo hizo repetir dos veces. Entretanto, Dick cargaba el viejo rifle y pudo distinguir a varios pelotones de pieles rojas cabalgando a ambos lados del convoy. Se acercaban y alejaban con la rapidez de unas golondrinas, disparando sus fusiles con puntería

maravillosa. Algunos claros en sus filas eran indicio de que el resto de los ocupantes del tren no les andaban a la zaga en habilidad.

Jeff y Brakerman, apostados junto a las ventanillas, respondían al fuego con celeridad creciente. Jeff, tan silencioso como antes, cargaba y descargaba su arma con la precisión de una máquina.

—¿Quiénes son, Jeff? — indagó Brakerman.

—Sioux... y son muchos.

En una curva de la vía férrea había un ejército de pieles rojas demoliendo activamente los soportes de un depósito de agua. Dos de éstos estaban ya medio quemados. Entonces, a una señal de su jefe, pasaron unas cuerdas en torno a ellos y asusaron a los caballos. Una de las cuerdas se partió arrastrando a los que tiraban, pero la otra, resistiendo, logró su objeto y el depósito se desplomó sobre los rieles, en medio de agudos alaridos de victoria.

En el vagón correo, Mollie también tomaba parte en la lucha con la destreza de un viejo cazador. Derribó a varios indios y murmuró:

—Que Dios me perdone por tener que matarlos.

—Son diablos rojos — la serenó Dick.

El convoy entró como una ráfaga en la curva. Chirriaron los frenos,

pero era tarde para evitar el choque con el depósito. La hilera de vagones se encabritó con chasquido horripilante; unos vagones se montaron sobre otros, se volcaron, saliéndose de la línea y quedaron convertidos en un montón de ruinas, en el que sólo algunas ruedas giraban aún.

Dick buscó a Mollie entre los restos destrozados del vagón correo, quitó algunos hierros y maderas del lugar en donde estuviera Mollie y tuvo el alivio de verla incorporarse, aturdida por el empuje.

—¿Estás herida? — preguntó con ansiedad.

—Aun no estoy segura... Creo que no.

Los dos ocupantes del furgón también salieron ilesos y se reunieron entre los escombros. Jeff, más precavido, buscó sus armas. Brakerman miró al exterior, en donde los indios habían empezado el saqueo y, por consiguiente, estaban distraídos.

—Esta es la ocasión. Una vez lejos del tren estaremos salvados.

—Voy a buscar a Mollie— declaró Jeff.

—Es tarde para hacer nada por ella. Vámonos, Jeff, no puedan vernos ahora.

Los pieles rojas se habían metido en los vagones y sacaban telas,

instrumentos de música, víveres y armas y jugaban con todo ello. Brakerman echó a correr agazapado... No obstante, fué descubierto y alcanzado; momentos más tarde, moría por mil heridas.

Mollie continuó a Dick, que ansiaba disparar sobre los saqueadores, y estaba preguntando por Jeff, cuando éste se descolgó entre las ruinas, siendo un milagro que su amigo no hiciera fuego sobre él.

—Mis plegarias han sido oídas—suspiró la joven.

—Somos los únicos supervivientes. ¿Qué municiones tenéis?—dijo Jeff.

—Unas balas de pistola—leclaró Mollie.

—Y diez y seis para carabina. ¿Hay esperanzas de ayuda?—exclamó Dick.

—¿Si pudiéramos telegrafiar!—deseó Jeff.

—¿Cortaron los hilos?—preguntó el jugador.

—Aun no, pero no hay llaves ni pilas.

—Calvin deja uno de los hilos en continuo—anunció Mollie—. Y llave no hace falta.

Siguiendo las indicaciones de la muchacha, Dick descolgó uno de los hilos telegráficos, que fué atado al grifo de la pila de la cocina. Establecido así el contacto, Mollie cogió el rifle de Dick y preguntó:

—¿Dónde aviso?

—A Cheyenne—indicó Jeff.

—¿Hay alguien todavía allí?—repuso Dick.

—Leach y Fiesta... estarán buscándote.

Mientras Dick se refa, Mollie, ayudada por Jeff, aproximó el cañón del rifle al hilo e inmediatamente zumbaron algunos chispazos; Podían comunicarse! La muchacha siguió transmitiendo el mensaje en petición de auxilio, que llegó a Cheyenne. Calvin al recibirlo lanzó una carcajada estrepitosa y casi lloraba cuando su mujer entró en la estación telegráfica.

—Algún operador ha abusado del whiskey, Alida—aclará a su esposa—. ¡Espera! Llama a Leach y a Monahan. Están por ahí. Los indios han atacado al tren número once cerca de Rocka. Es Mollie que pide auxilio.

El saqueo del convoy continuaba, dando origen a escenas pintorescas y ridículas. Muchos pieles rojas estaban envueltos por las telas, que arrastraban por la llanura, como colas de cometas. Otros destruían lo que encontraban sospechoso; algunos estaban borrachos... Todos parecían fieras enardecidas por la devastación y la matanza.

Hacia una hora desde que Mollie transmitiera su mensaje y la joven se impacientaba. Por un mo-

mento se esperanzaron al tintinear una campana, pero era la de la arruinada locomotora.

—Jeff, están muy entretenidos—avisó Dick.

Volvieron a pulsar el hilo telegráfico. En aquella ocasión la suerte no les acompañó. Tres pieles rojas, atraídos por el curioso ruido, metieron la cabeza en el vagón. Dick atravesó el pecho de uno, dando así la voz de alarma. En tanto que mataban a los otros dos, los compañeros de los muertos atacaron el vagón correo. Los tres supervivientes se parapetaron como pudieron. Jeff pasó su revólver a Mollie.

—Tenga usted, Mollie. Vamos con ellos, Dick.

—Igual que en aquellos tiempos, ¿eh?—se entusiasmó éste.

—Sí, sólo que no tenías a tu esposa contigo. Haga una barricada.

Retrocedieron hasta la única pared en buen estado del vagón, desde donde podían vigilar las dos entradas y hacer fuego por las ventanillas. Pronto los pieles rojas desistieron de un asalto en masa y aprendieron a respetar sus armas. El que se acercaba demasiado era hombre muerto. No obstante, la situación de los asediados era gravísima, porque las municiones escaseaban.

Un tren de socorro, cargado de

soldados y de trabajadores, era conducido por Monaham, a quien Fleeta y Leach no dejaban en paz con sus comentarios.

—¡Más leña! ¡Más leña! ¡Llena bien el hogar! ¡No hay praelón!—rugía el irlandés.

—Lo que pasa es que tu cafetera no marcha—opinó Leach.

—Sí. ¿Por qué no bajas tú y la empujas?—le aconsejó Monaham.

—Mollie está bien, Monaham—le apaciguó Leach—Jeff va en el tren.

—¡Uff! Esa condenada nunca se ve llena—gimió Fleeta, sin moverse para ayudar.

La lucha aumentaba alrededor del coche correo en la misma proporción que la velocidad de la locomotora de socorro. Los pieles rojas, al amainar el fuego, se hicieron más atrevidos y las balas ya no se cambiaban a distancia.

Mollie protestó:

—¿Por qué no me dejan disparar? Ustedes no cubren todo el campo.

—Porque desperdició antes un tiro para matar al indio del anuncio—se burló Jeff.

—¿Qué te hizo el pobre, Mollie?—se rió su esposo.

—Hacen chistes para levantar mi espíritu porque suponen que no se recibió nuestro mensaje—se lamentó Mollie.

—No afirmaría yo tanto — negó Jeff.

—¡Jeff! ¡Detrás de ti! — aulló Dick.

Era, sin embargo, tarde. El piel roja, que había sabido encontrar la entrada delantera del vagón, apretó el gatillo de su rifle y la bala atravesó el brazo del capitán. Dick, como una centella, le arrancó la vida con un proyectil bien dirigido. El percance podía considerarse de mal agüero.

Los vigías del tren de socorro comunicaron que el puente sobre el río ardía. Los mismos vigías declararon que no les importaba un comino el accidente. El filósofo Leach comentó:

—Los indios nos quemarán si nos cogen. Hay que adquirir práctica— y volviéndose hacia el comandante de la tropa—: El puente de Dale Creek está ardiendo. Diga a su tropa que se prepare.

El comandante hizo que todos bajaran la cabeza y la locomotora entró en el infierno en que se había convertido el puente. Fué sólo un instante el que necesitó para atravesarlo. Las llamas crepitaban y encendían las guerreras de los soldados.

—¿Trajiste los pantalones de amianto, Fiesta?—rezongó Leach.

—Esto no es nada, manito. Hace años cuando yo estaba en Yuma

se...—Fiesta gimió tocándose el labio superior—: ¡Oh, mi bigote! Se ha quemado, Leach. ¡Oh, mi bigote, mi bigote!

—Te confieso que no me gustó nunca—suspiró Leach, apretándose los costados doloridos por la risa. Lo importante era que habían salvado el puente.

En el vagón correo, Jeff y Dick se enfrentaron con la situación. Unicamente tenían una bala de rifle, el de Dick, y pronto fué gastada, y tres en el revólver de Jeff. Dick acogió la noticia, borrando su frívola expresión característica.

—Justas las que nos hacen falta —declaró, formulando el pensamiento de los tres.

—No permita usted que me cojan viva, Jeff.

—No.

—Quizá fuera mejor hacer el reparto, porque ya no quedan municiones—estimó Dick.

—Deme la mía cuando no mire—rogó Mollie a Jeff—. Voy a rezar una oración por nosotros tres.

Apoyó la cabeza en el borde de la barricada y se puso a rezar. Los dos hombres cambiaron una mirada: mediante ella se relataron el amor que tenían por aquella mujer. Dick, avergonzado por su existencia, cedió el primero. El amor, el verdadero amor, que latía en el corazón de Jeff, le impelía consumir

el sacrificio. Contempló la oscura y rizada cabellera de Mollie y el cañón de su pistola se encará lentamente con la sien de la mujer que amaba.

—¿Oyeron eso?—gritó Mollie de pronto, levantando la frente.

—¿Qué?

—Un pitido... Jeff, Dick, ¿no lo han oído? O me he ido ya de la tierra o estoy oyendo algo.

Dick y Jeff aguzaron el oído y sacudieron la cabeza. Mollie estaba delirando.

—Continúe sus preces, Mollie—aconsejó Jeff.

—Mollie adorada...—gimió Dick.

La joven volvió a su posición anterior. El esfuerzo de encañonar a la joven, en la que ardían tantas ansias de vida y tantas esperanzas, llenó de sudor la frente de Jeff. Pero hay cosas peores que la muerte... Jeff se obligó a apretar el gatillo. Su dedo enroscóse en él. Nuevamente resonó el grito de Mollie:

—¿Es que no lo oyen? Es Monaham con su máquina ¡Es la Mac Pherson, conozco su voz chillona!

En efecto, en la lejananza desgarraba el aire un débil pitido. Los dos hombres respiraron y se pusieron en pie, mientras Mollie rezaba una oración de gracias. Pero al mismo tiempo que la salvación, el auxilio significaba el fin y el principio de muchas cosas.

—¿Lo oíste, Jeff? Es Monaham, el viejo Monaham.

—Es su viejo caballo de hierro, Dick. Yo sería capaz de conocerla desde Omah. ¡Oh, Jeff!

Y, dominada por un arranque instintivo, se abrazó al capitán. Dick se mordió los labios. Jeff la apartó de sí. Mas Dick ya sabía a qué atenerse.

La tropa saltó en un segundo de los vagones, corriendo hacia los pieles rojas que les presentaron cara. Encabezados por Leach y por Fiesta formaron cuadro y disolvieron la resistencia de los indios, como el fuego derrite a la nieve. Se trabó lucha a brazo partido; los soldados bien adiestrados remataban a sus enemigos o los cazaban al vuelo al querer éstos huir.

—Los han puesto en fuga—dijo Jeff.

—A todos no—repuso Dick.

Los pieles rojas atacaban el vagón, sacudidos por la desesperación y el odio. Mollie, en un arrebató repentino, mientras Jeff derribaba a dos enemigos, voló hacia la puerta delantera del vagón y provista de una escoba rechazó a un piel roja. Este, aturdido, cayó al suelo y la puerta se cerró. Se iban a reír, pero la puerta volvió a abrirse y un brazo desnudo, sujetando un rifle, atravesó de un balazo el pecho de Mollie, de parte a parte.

Los dos hombres se precipitaron a recogerla. Dick la abrazó en un frenético transporte, murmurando frases incoherentes. Jeff le dejó hacer; después intervino, diciendo:

—La llevaré al doctor militar.

—Estás herido en el brazo. Yo lo haré—se obstinó Dick.

—No, tú no. Sube a Skull Rock. Yo me ocuparé de ti esta noche.

—No, no pienso abandonarla —rehusó Dick—. Es mía... ¡Es mi mujer!

—Cuando Leach y los soldados vuelvan, eres hombre perdido. Estás reclamado, Dick.

Después de abrazar de nuevo a Mollie, Dick aceptó la sensata proposición de su amigo. De momento no se preguntó qué era lo que inducía a Jeff a darle la oportunidad de ser libre: la lealtad y el deber, el lazo que unía a Mollie y a Dick y la idea de que ambos se amaban...

Era de noche cerrada cuando los cascotes del caballo de Jeff sacaron a Dick de entre las rocas en que estaba escondido. Jeff llevaba otra montura ensillada de la reata, con un equipo completo. Su amigo le saludó y preguntó por Mollie.

—El médico dice que saldrá de ésta...

—Bendito sea el Señor—agradeció Dick.

—Sin embargo, tardará bastante en curar — terminó Jeff, desmontando.

—¿No vas a dejarme verla?

Jeff se sentó a su lado, atacó la pipa de tabaco, chupó un momento el tupo y contestó lentamente, como leyendo sus pensamientos:

—Dick, tú y yo hemos pasado juntos muchos apuros, hemos sufrido el frío y la lluvia, robado el mismo corral y comido el mismo plato, pero en esta ocasión estamos enfrente... Y si te vuelvo a encontrar en estos parajes me veré en la obligación... ¿tienes fósforos?

No completó su frase, encendió su pipa y le acompañó hasta el caballo que le tenía preparado. Dick montó en él con agilidad y lo mismo hizo Jeff.

—¿Y tu conciencia no te pesará por dejarme ir?

—Tienes comida y mantas en el caballo que traje.

—¿No me culparán por robar un caballo?

—Pertenece a un indio. Ya no lo echará de menos... ¿Dónde irás?

—Al Central Pacific.

—¿Ayudarán a la compañía que quiere arruinarnos?

—Sí, de la misma manera que arruiné a la Union Pacific.

Jeff le entregó con lacónicas palabras un revólver y le informó

U N I O N P A C I F I C O

que tenía cartuchos en el equipaje. Dick titubeó al tener el arma, pero dominó su mal impulso. Jeff le contemplaba con fijeza.

—Gracias; eres un ángel, Butler... Pero sé que quieres a Mollie. ¿No te olvidarás de que es mi mujer?

—Yo quizá... Ella jamás.

—Cuando el Central y la Unión se encuentren, me verás, Jeff... y ni tú, ni la Unión Pacífico, ni el mismo diablo, me podrán separar de mi mujer... No quisiera utilizar es-

to contra ti—concluyó, dando una palmada al revólver.

—Allí estaré, Dick.

Dick espoléó a su caballo y echó a andar; Jeff se quedó quieto, fumando su pipa. En cuanto el jugador hubo contorneado un macizo de rocas, gritó desde el otro lado:

—¡Ah, Jeff! Pierden el tiempo con Campean. Quien le apoya es Barrowa, el banquero.

—Gracias... ¡Adiós, Dick!

—¡Adiós, Butler!

CAPITULO VI

HEROES DE LA TENACIDAD

El Union Pacific estaba a sesenta millas de camino de Ogden, en unas montañas nevadas, en donde hacía un frío intensísimo. Pero el general Dodge, Casement y la mayoría de los ingenieros no se daban cuenta de él; Jeff asistía, silencioso, a su discusión, que no era de las más gratas. Porque, según noticias, habían de malgastar treinta días en horadar un túnel,

cuya tierra se había helado, dando una inmensa ventaja al Central Pacific, que había llegado a la planicie...

Jeff, después de compulsar sus furiosos comentarios, rompió su mudex y dijo:

—En la batalla cuando no se puede atacar al enemigo de frente, se opera sobre sus flancos. Tienen ralles en la nieve,

Todos protestaron que no se podía construir sobre la nieve, pero Jeff, animado por Dodge, cogió una accitera y derramó el contenido sobre la nieve, trazando una línea sinuosa.

—¿No se trata de pasar?... Roden la montaña, la línea sigue y después se hará el túnel.

—Es un imposible—tronó un ingeniero.

—¿Un imposible?—repuso Casemen tomando la palabra— Imposible era tender cuatro millas por día, imposible evitar los obstáculos, imposible que las máquinas subiesen montes... ¡cien mil relámpagos! Un imposible parecían todas estas cosas, ¿por qué ha de serlo tender la vía en la nieve?

Dodge y Reed asintieron a su enfurecida perorata con el resultado de que el plan de Jeff fué aprovechado. Formaron una especie de dique de vigas y de traviesas, que contenía la nieve de la falda de la montaña, y sobre aquel frágil puente alinearon la vía férrea.

Monaham, en el vagón correo, se preparaba a probar el artilugio y se ponía nerviosamente sus prendas de abrigo, dirigido por Mollie, que permanecía aún en la cama disfrutando de una tranquila convalecencia.

—Ese Jeff Butler es más listo

que muchos ingenieros — refunfuflaba.

—¿Quién conducirá el tren, padre?—preguntó Mollie, disfrazando su rubor.

—¿A quién se le va a confiar, hija? A mí y a la vieja Mac Pher-son.

—Es arriesgado: no te vayas a romper la nariz.

—Es la primera vez que un tren andará sobre la nieve y aunque no le guste... tendrá que acostumbrarse—llenó una cucharilla de medicina y se la metió a su hija en la boca, ordenando—: Ten, abre la boca y tómalo esto. Te sienta bien. El mejor y más largo ferrocarril de todo el mundo ha salido de mi vieja máquina...

A medio camino de la puerta, fué detenido por su hija que le entregó la crucecita que ella solía llevar. Así se despidieron padre e hija. Media hora más tarde, Monaham y Jeff, éste como fogonero, dirigían la máquina sola sobre la nieve. Ya habían pasado más de la mitad del dique: la nieve aguantaba firme y sin crujidos y el abismo, que se abría a su izquierda, ya no era tan amenazador.

—Creo que a tu vieja máquina le va gustando la nieve, Monaham—fijo Jeff.

—Pues ha pasado el fuego también... y si encontramos un río sal-

drá nadando—se ufano el viejo maquinista.

Al pie de la montaña el grupo de los ingenieros contemplaba anhelante la proeza de los maquinistas. La tensión iba cediendo y Dodge se atrevió a decir:

—Lo van a conseguir.

—Claro que sí—contestó Casement, como si fuera aquello la cosa más lógica del mundo.

Pero se había equivocado. En el último trecho de puente la locomotora despidió un alud de nieve ladera abajo, arrastrando inmensas masas que sostenían a los pilares. La madera estalló, se quebraron los postes más avanzados y el último espacio se dobló en dos, como si hubiera sido golpeado por un hacha fenomenal.

—Cuidado, Monaham, ¡salta! —aulló Reed.

—Esto se hunde... ¡Salta, Monaham!—exclamó Jeff.

Y él dió el ejemplo, lanzándose al vacío. No obstante, la locomotora pareció perseguirle cuesta abajo y su oscura figurilla se confundió con la masa blanca y la mole de la máquina, que se aplastó en el abismo con un terrible impacto. Monaham no había obedecido al consejo de Jeff, porque él jamás había abandonado a su Mac Pherson.

—¡Oh! Los ha aplastado—aulló Dusky.

—Vamos allá.

En tanto que los trabajadores e ingenieros trotaban ladera abajo, Monaham reposaba en la nieve, con el cuerpo sujeto desde el pecho por una de las ruedas, que le mantenía apresado, gravitando sobre él. Palmoteó la helada superficie de metal y jadeó:

—Sé que no querías herirme... No me enfado contigo, vieja.

Jeff se había recuperado de los efectos del golpeazo; se quitó la nieve de los ojos y descubrió a Monaham bajo su losa de metal. Llamó al irlandés y corrió hacia él. Monaham suspiró consolado al verle a su lado.

—¡Ah, gracias a Dios que está vivo!

—Y tú también... Voy a sacarte—anunció Jeff arrodillándose en la nieve.

—Es inútil, Jeff, mi vieja y yo hemos terminado...

Jeff agarró el borde de la plancha de metal y sus brazos tiraron de ella hasta que los músculos parecieron que iban a estallar. No consiguió moverla ni un milímetro; volvió a la carga con idéntico resultado. Entonces, probó de estirar de Monaham y éste murmuró:

—No, no... es inútil... Tendrán que vencer al Central en Ogden sin nosotros... si es que pueden... —abrió la mano y le entregó un objeto diminuto; gimió—: La Cruz... de Mollie... Entiérrenme muy cerca de la vía... quiero poder oír los tréncas cuando pasen... no hay nada tan... agradable como el silbido del tren en la noche.

Y expiró.

Una vez sepultado Monahan, Dusky preguntó al ceñudo Jeff:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Asegurar mejor la vía, Dusky.

Los obreros trabajaron como hormigas reparando los desperfectos del tendido: aseguraron los postes de contención con sus propios hombros y apretaron la nieve hasta convertirla en mármol. Jeff, que había solicitado conducir la segunda locomotora de prueba, se encargó asimismo de anunciar a Mollie el heroico fin de su padre. La joven ocultó su gran dolor y apretó la Cruz contra la palma de su mano. Luego, escrutó a Jeff y dijo:

—¿Qué va a pasar en el ferrocarril, Jeff?

—En cuanto estén afirmados los rieles, probaremos con otro tren.

—Enganche este coche, ¿quiere?

—le rogó con amargura.

Leach y Jeff subieron a la locomotora de pruebas y la pusieron

en marcha. Los irlandeses aguantaron de firme el peso de la máquina, sujetando los postes. En la locomotora, conducida por Jeff, Leach escupió un trozo de tabaco y se quejó:

—Eso de cavar en la nieve no tiene más que un inconveniente, Jefferson. Se puede coger un resfriado.

Metro a metro la máquina jugó y se burló de la muerte. Los rostros se relajaron y cobraron animación, así que llegó al extremo opuesto, al exclamar Dodge con un suspiro:

—Ha pasado... ¡Lo ha conseguido!

Todavía semejaban resonar los vítores y gritos de júbilo cuando Casement conversaba en el vagón de los trabajadores con sus ayudantes. El poste de las mil millas había sido cruzado. Todo corroboraba el optimismo del general, que vaticinaba:

—Les ganaremos, Jeff. Tenderé seis millas de carril hoy, siete mañana y...

—Ya pueden ustedes felicitar al Central Pacific — interrumpióle Reed adentrándose en el vagón desesperado—. El maldito ingeniero que el señor Barrows nos trajo, ha rechazado veintisiete millas de carril.

—¿Que ha rechazado veintisiete

millas? Pues el Central Negará antes que nosotros.

Jeff se acordó del aviso dado por Dick en Skull Rocks y consideró que ya había llegado la hora de ajustar las cuentas al banquero de Chicago. No le sería difícil, porque éste se hallaba en el campamento; y además Leach y Fiesta habían prometido vengarse del calculador personaje. Llamó a un muchacho cercano y le encomendó:

—Llama a Leach y a Fiesta—y aconsejó—: Continúe el tendido, general Casement, yo me encargo de Barrows.

Los que se encargaron de él, y de mil amores, fueron sus auxiliares. Sorprendieron a Barrows en su cabaña, le arrancaron sin compasión de su tibio lecho y le obligaron a vestirse.

—Se acordarán de esto, se acordarán de esto durante toda su...

—No se preocupe por nosotros, señor Barrows, hágalo solamente por usted. Tenga — le conminó Leach, alargándole los pantalones.

—¡Ea una intolerable coacción!

—¡Ja, ja!... Me casé por eso con mi primera mujer—exclamó Fiesta.

En tanto que su compinche se reía, Fiesta descolgó la chaqueta de la percha con su látigo y se la lanzó a Barrows con un trallazo ensordecedor.

—¿Cuánto quieren ustedes?—les tentó.

—No queremos nada — rechazó Leach—. Tenemos tanto interés por la Unión Pacífica como usted. Tenga, póngasela.

Y le entregó la chistera. Así equipado le llevaron hasta la vía férrea y le pasaron un macho de los usados por los remachadores para asegurar los robiones. Como casi pesaba cinco kilogramos, Barrows se dobló bajo él. Leach le informó de sus propósitos.

—Vamos a ver un trozo de vía que usted no admite. Recorreremos juntos cada palmo de esas veintisiete millas de carril y usted nos irá indicando los puntos donde está mal... Los arreglará usted mismo—concluyó inocentemente.

—¿Andar yo veintisiete millas de carriles?—aulló Barrows.

—Tenga su bastón, señor Barrows; es muy tarde.

De esta manera comenzó el calvario del banquero. Dos horas más tarde, apenas habían caminado nueve millas y estaba despedido y con los músculos de los hombros deshecho. Para contraste Leach y Fiesta canturreaban contentos del sol de la mañana. En cuanto Leach lo estimaba conveniente, su bota golpeaba un remache y daba el aviso:

—¡Alto! ¡Alto! Aquí hay otro flojo... Me parece que le encuentro yo más defectos a la vía que usted, señor Barrows.

El banquero se veía obligado a manejar el gran martillo y como no tenía ni práctica ni fuerza para ello, sus golpes caían en falso, lo que promovía los sardónicos comentarios de los dos compinches.

—Va a ser nuestra ruina—gemía Fiesta.

—No se equivoque, señor Barrows—recomendaba Leach— Tiene que dar con el mazo encima del remache, no en las cercanías del remache.

Al alcanzar la décimosexta milla, Leach se detuvo, mordió un trozo de tabaco y declaró:

—Confieso que va mejorando.

Barrows hizo las veintisiete millas de cabo a rabo, machacando centenares de remaches y obteniendo cierta habilidad. No obstante, como tenían que hacer a pie para regresar la misma distancia, es de suponer, no sólo lo derrengado que estaría, pero también lo dispuesto que estaría a pactar y a corregirse en el futuro.

El general Casement fué el primero en conocer que el Unión Pacífico había entrado con su primer tren en Ogden (Utah). Los periodistas llegados de todas las regiones de los Estados Unidos se dis-

putaban encarnizadamente la línea telegráfica. Casement los congregó y dijo solemnemente:

—Caballeros, el presidente Grant ha designado el promontorio de Ogden como el lugar donde los dos ferrocarriles del Pacífico unirán sus rieles.

—¿El promontorio? — exclamó un periodista.

—¿Dónde está eso? — inquirió otro.

Después se desbandaron reanunciando la lucha por el privilegio de ponerse en comunicación con sus periódicos respectivos. De tal suerte, supo la Nación que la proeza, la gran proeza, había sido realizada, a costa de sacrificios, llantos, muertes, balas y pólvora para que las generaciones venideras lograsen pasar indiferentes por aquellas regiones de inhóspita belleza, regadas por la sangre de tantos héroes.

Mollie estaba empaquetando sus cosas y de vez en cuando observaba la escena ahigarrada, que representaban los llegados a asistir a la histórica ceremonia. Jeff comparció inesperadamente ante ella, elegantemente vestido y la escudriñó en silencio. Ella lanzó un grito de alegría y corrió hacia él:

—¡Jeff!... ¡Hace siglos que no se deja usted ver! Siéntese aquí.

—He venido sólo a despedirme,

porque luego habrá mucha gente ahí—rehusó él.

—Sí, todo el mundo quiere ver el encuentro de las máquinas.

—¿No sabe? California ha enviado un remache de oro para el último carril.

—Pues, cuando lo coloquen..., todo habrá terminado ya.

Inconscientemente, Jeff se sentó en la cama y la obligó a hacer lo mismo. Sus labios estaban más apretados que nunca, prestando a sus facciones una austeridad que desmentía la tormenta que rugía en su interior. Mollie, simulando una tranquilidad que estaba tan lejos de sentir como él, levantó lentamente los párpados y le miró... Había lágrimas en sus espléndidas pupilas... Con un esfuerzo, Jeff siguió hablando:

—No, para usted, no. Dick estará ahí fuera... esperando para llevarla a una casa que no tenga ruedas.

—Donde no oiré silbidos que me impidan dormir... ¿Y a usted dónde le llevarán sus botas de siete leguas?

—Hacia Texas... Van a construir allí otra línea. Dodge va a llevarme de ayudante con él.

Mollie se apartó bruscamente de

su lado y fué hacia la ventana en donde sollozó sin osar contemplarle de frente:

—¡Oh! Eso colma todas sus ambiciones. ¡Cuánto me alegro por usted!... Sí... allí habrá alguna muchacha que le mire con ojos lánguidos... Y podrá tomar té cuando vaya al correo.

Este reproche, infundado, pero que relatava los indecibles celos y el no menos inexpresable dolor de la muchacha, porque se apartaba de su vida para siempre, debilitó la resistencia de Jeff. Fué hasta ella, le puso las manos en los hombros y la obligó a volverse, exclamando:

—¡Mollie!

—¡Oh! Es que estoy nerviosa a causa de esa fiesta de hoy... ¿Verdad que me recordará algunas veces aunque... aunque esté rodeado de las más lindas muchachas de todo Texas?—suplicó.

Este ruego suscitó un huracán de pasión en Jeff y, antes de que se percatase de lo que hacía, la estrechaba entre sus fuertes brazos, balbuceando:

—Mollie... sólo te quiero a ti... No podré nunca pensar en otra mujer. Te querré toda la vida...

La joven le devolvió la caricia y

luego le empujó hacia la salida, asegurando:

—No podré jamás dejar de amarte... Y ahora te debes marchar.

CAPITULO VII

EL GRAN TERMINAL

Los trabajadores, sus esposas, los chiquillos, los ingenieros, gentes venidas de todas partes, se apiñaban en torno a las dos locomotoras a las que únicamente separaban una decena de metros. Los hombres de uno y otro Pacific se habían apostado a ambos lados de sus respectivos rieles y cambiaban comentarios, contemplando a los encopetados personajes que los representaban.

Un murmullo de admiración fué señal de que la traviesa de madera de laurel había sido colocada en el lugar en que un remache de oro la habría de fijar para siempre. Leach y Fiesta aprovecharon la euforia del día para abordar a Barrows, que había recobrado su importancia, con cierto arrepentimiento en sus duros y mordaces rostros.

—No nos tenga usted rencor, señor Barrows—solicitó Leach.

—No les meto en la cárcel por una razón...—comenzó Barrows.

—¡Ja, ja, ja!... ¿Nos ha tomado cariño?—supuso Fiesta.

Barrows casi le fulminó y enseñó los dientes al contestar:

—Les odio como a nadie. Me han costado millones... pero han curado mi estómago.

Leach y Fiesta se echaron a reír. No podían saber que un peligro inminente pendía sobre la vida de Jeff. Campean estaba en la taberna del campamento a medio construir y bebía trago tras trago de fuerte whiskey. Un barman quiso saber:

—¿Cómo es que no va usted a la ceremonia?

—Tengo mejores cosas que ha-

cer — replicó, pagando y saliendo de la taberna. Nadie le hubiera reconocido; parecía un pordiosero; la culata de una pistola sobresalía en su cinto.

Acabada la ceremonia religiosa, que impetró la protección divina sobre los ferrocarriles, la expectación de los trabajadores creció. Paddie, que estaba acompañando a Mollie, contigua a la locomotora, dijo:

—Apostaría a que todos los que quedaron entre este lugar y Omaha volverían a morir por verlo.

—Están tendiendo una vía de oro al cielo—afirmó Dusky.

—Y Monahan deja que los ángeles se suban en su vieja Mac Pherson — añadió Mollie, con los ojos nublados.

—Sí, eso es—dijo el capataz.

El general Dodge se destacó del grupo de las personalidades y se metió entre los dos raíles, desde donde avisó:

—Señoras y caballeros: el doctor Harkness de California.

El elegante señor fué recibido por una salva de aplausos y de vítores. Hecho el silencio comenzó a hablar:

—Señoras y caballeros, el último rail que ha de completar la línea férrea más larga del mundo, ha sido colocado y el último remache

que ha de unir el Atlántico con el Pacífico se clavará ahora mismo. Para realizar esta empresa, el Este y el Oeste han trabajado juntos.

La mirada de Mollie, que vagaba sobre las caras que la rodeaban y que tenía delante, topó con Jeff, a quien hacía muy perceptible su alta estatura. Sus ojos se encontraron y se desviaron al punto. Mollie descubrió, haciéndola señas al otro lado, en la locomotora opuesta, a Dick, el Dick de siempre, sonriente, elegante, temerario, que comenzó a abrirse paso en su dirección.

El orador proseguía:

—Desde los remotos tiempos de la historia, el hombre no había conseguido con su trabajo dar cima y término a una obra de tal magnitud. California, en cuyo territorio y por cuyos ciudadanos se inició el ferrocarril del Pacífico, desea expresar cuánto aprecia la gran importancia que para ella y para los demás Estados, hermanos suyos, tiene la empresa, que gracias a nuestro esfuerzo conjunto se va a ultimar ahora. Con oro de sus minas ha forjado un remache, de sus bosques de Cansel ha cortado una traviesa, y en manos de sus ciudadanos ofrece ambas cosas para demostrar su admiración por esta línea, que la une aún más con sus hermanos del Atlántico. En su

tierra nació la primera semilla de esta idea; que sean suyos también la última traviesa y el último remache. Que Dios confirme la unidad de nuestro país, igual que estos dos carriles unen los dos mayores océanos del mundo.

Entre una salva de aplausos, el general Dodge anunció que Stanford, gobernador de California y presidente del Central Pacific, daría el primer golpe al remache de oro. El gobernador se colocó bien y desplomó el macho con tan mala puntería que golpeó la traviesa. El público se echó a reír y el general Dodge se adelantó:

—Lo damos por hecho, señor Gobernador... El segundo golpe será dado por el Vicepresidente Durant de la Union Pacific.

Durant empuñó tembloroso el macho y falló el golpe, teniendo que ocultar entre los personajes el rubor que las risas le producían.

—Vaya, si seguimos así nunca se acabará este ferrocarril — dijo Leach.

—El tercero corresponde al hombre, cuya ayuda financiera hizo fructífero nuestro trabajo. El señor Asa M. Barrows.

Este asentó bien sus pies y con tres martillazos certeros hundió el remache hasta la cabeza. Fue muy aplaudido y el general Dodge le

felicitó. Leach y Fiesta se estrecharon las manos gravemente y el mejicano propuso:

—Podemos irnos a echar un trago ahora — rióse acompañado de Leach.

Jeff distinguió a Dick cruzando la muchedumbre y se alejó del gentío. Dick se colocó detrás de su esposa sin reparar en que Mollie anhelaba la presencia de Jeff. Paddy se les juntó apresuradamente y avisó:

—Oiga, Mollie, si ve usted a Jeff por aquí, dígame que Campean está buscándole para asesinarle.

—No se preocupe — tranquilizó Dick—. Jeff le pondrá las peras al cuarto a ese...

—Va desarmado hoy, Dick—gimió Mollie.

—¡Ah! Eso es diferente. Guárdame eso hasta que yo vuelva—dijo Dick, entregándole la baraja que llevaba en las manos, y se perdió entre la multitud.

Campean distinguió desde la puerta de la taberna a Jeff, que cruzaba la calle en su dirección. Campean no se atrevía a enfrentarse cara a cara con el capitán, cuya habilidad, valor y sangre fría reconocía, y rápidamente trazó un plan de ataque, mediante el cual pudiera vengarse sin riesgo.

Unos cuarenta metros más abajo

del lugar en que se hallaba, había un grupo de casas en construcción que formaban una bocacalle. Por allí había de pasar en su ruta, necesariamente, su enemigo. Echó Campean a correr silenciosamente, dobló una esquina y entró en la calle de las construcciones.

Parapetóse en una puerta y esperó con el revólver montado.

Dick, en su búsqueda de Jeff, se había adelantado a éste yendo por un camino más corto. Llamaba al capitán sin resultado: no aparecía en ningún lado.

Campean se guiaba por el ruido de las pisadas en la acera de madera para saber el trecho que tenía que recorrer su enemigo hasta él. Los pasos se acercaban, apresurados, rítmicos. Campean se inclinó con el revólver asido. ¡Más cerca, más cerca!... Salió de la esquina una bota de charol, después una pierna y luego el pecho... ¡Y Campean apretó el gatillo!

¡Dick rodó por la acera! Su asino se detuvo un momento junto a él.

—Cref que eras Butler... pero te lo has buscado.

Jeff, al percibir la detonación, corrió hacia su amigo, poniendo en fuga a Campean. El capitán estudió su herida e intentó levantar a Dick, que le comunicó:

—Ten cuidado... Campean.

—Te llevaré antes a un médico— dijo Jeff.

Dick le obligó a coger su revólver y meneó su cabeza débilmente en tanto que su palidez crecía. Una sonrisa de dicha y de descanso se adelantó a sus frases entrecortadas.

—Es inútil, Jeff... he tenido mala suerte... Mollie... no puedo... no la puedo hacer feliz... Cuidala tú, Jeff.

Después de esta renunciación, apretó la mano de su amigo y falleció.

Campean, haciendo el camino inverso al seguido anteriormente, se dealizó a espaldas del descuidado Jeff. Sus dientes relucieron feroces y enarboló la pistola... Un seco disparo obligó a Jeff a girar rápidamente sobre sí mismo con el arma presta a entrar en acción...

¡Pero Campean había muerto! Su cuerpo estaba extendido junto a la pared.

Leach miró un momento al forajido, al cristal destrozado por su bala, y escupió un trozo de tabaco y movió la baqueta de su revólver haciendo saltar el casquillo. Volviólo a cargar y reanudó la conversación con Fiesta, como si no hubiera acabado de salvar la vida a Jeff por pura casualidad.

—Sí, señor, al día siguiente la

yegua hizo una milla en dos minutos—y dicho esto llevó a Fiesta hacia el mostrador de la taberna.

En el terminal, así que el fotógrafo hubo terminado su labor, fijo ya el último rail, Dodge se dirigió a sus compañeros, los trabajadores, y terminó:

—Y así esta gran nación queda unida con un férreo anillo nupcial...

Y ordenó a los maquinistas que pusieran en marcha a sus locomotoras. Jeff llegó a tiempo de presenciar cómo los dos monstruos de acero se acercaban lentamente uno a otro hasta darse un simbólico topetazo. Abordó a Mellic y le es-

trechó su pequeña mano. La joven suspiró:

—Gracias a Dios por haberte salvado...—el brazo de Jeff pasó por su cintura y obligó a exclamar a la joven—: ¿Dónde está Dick?

—Esperándonos a los dos, Mellic... en el gran terminal—fue su dulce contestación.

Las dos locomotoras frenaron. Los vitoresa fueron más vigorosos que nunca y los jornaleros de uno y otro lado se abrazaron. La gran empresa había concluido, la gran empresa que permitía recordar a los hombres grandes haraños, grandes odios, grandes amistades y grandes amores...

FIN



Cubierta, imp. M. PELLORE

Montevideo, 111-Teléfono 76112